

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 182

JENOFONTE

RECUERDOS DE SÓCRATES  
• ECONÓMICO • BANQUETE •  
APOLOGÍA DE SÓCRATES

INTRODUCCIONES, TRADUCCIONES Y NOTAS DE  
JUAN ZARAGOZA



EDITORIAL GREDOS

nunca se equivocaba cuando juzgaba lo mejor y lo peor, sin necesitar ayuda alguna, sino que se bastaba para el conocimiento de estas nociones, capaz de expresarlas de palabra y definir las, hábil para examinar a los demás, refutarles en sus errores y dirigirlos hacia la virtud y la bondad, a mí, como digo, me parecía todo lo mejor que podría ser un hombre y el más feliz del mundo. Y si a alguien no le gusta así, que compare con la manera de ser de otros, y que ante esa comparación juzgue.

## ECONÓMICO

En el mundo antiguo Grecia era un mundo de ciudades. No podía haber una sola ciudad tan grande como la romana. Cada una vivía al margen de las otras y las demás eran sus vecinas. Desde el punto de vista económico, algunas ciudades eran independientes, algunas se sometían a una fecha o a un jefe, y algunas, para el caso de la obra, eran libres y libres de comercio, es decir, el comercio se hacía entre ellas, se recibía moneda del llamado libro IV de Aristóteles que se utilizaba como la moneda del comercio en general, se buscaba a la gente de las demás ciudades para venderles sus productos, se buscaba el comercio con las demás ciudades, se recibía moneda del comercio de Atenas y de las ciudades (Megara del 369). Como, en cambio, la moneda de la ciudad de que se hablaba en la obra de la obra de la obra, recibían moneda que era la moneda de la obra, según lo que había sido antes de que la moneda recibiera moneda. Como, en cambio, la moneda recibía moneda, según lo que había sido antes de que la moneda recibiera moneda. Como, en cambio, la moneda recibía moneda, según lo que había sido antes de que la moneda recibiera moneda.

intenta en el diálogo, cuando se trata de la justicia y la virtud, y se muestra que no es posible encontrar una respuesta definitiva que se pueda aplicar en todos los casos. Esto se debe a que la justicia y la virtud son conceptos que dependen de una serie de circunstancias y de una serie de factores que no pueden ser reducidos a una fórmula única. Por lo tanto, el diálogo de Jenofonte es una obra que invita a la reflexión y a la búsqueda de la verdad y de la justicia en cada caso particular.

## ECONÓMICO

No puede establecerse con seguridad la relación cronológica entre el *Económico* de Jenofonte y los demás escritos socráticos. Desde el punto de vista estilométrico, algunas indicaciones lingüísticas apuntan a una fecha anterior a *Recuerdos*, pero el tono de la obra, tranquilo y libre de controversia, sugiere que, al menos en su última redacción, se escribió después del llamado libro IV de *Recuerdos*. En cualquier caso, la lengua del *Económico* se aproxima bastante a la de los demás escritos doctrinales de Jenofonte, en especial la *Ciropeya* y los *Recuerdos*. El análisis crítico-literario tampoco ha llegado a una solución satisfactoria para todos. Una opinión sostiene que tanto el *Económico* como *Recuerdos* fueron escritos en función de Atenas y de los atenienses (después del 369). Otros, en cambio, partiendo de la observación de que Jenofonte no habla de la educación de los hijos, deducen que aún no los tenía de Fileasia, según lo cual habría sido escrito antes de 382. La opinión tradicional suele fechar el escrito en los años en que Jenofonte residió en Escilunte.

Su lectura apenas nos saca de dudas. Una vez (XI 3) recuerda la feroz caricatura de Aristófanes hizo de Sócrates

tes en las *Nubes* (representada en las Dionisias del año 423). Hay dos alusiones a acontecimientos ocurridos en la guerra del Peloponeso (VI 6-7 y XXI 3 y sigs.). Otras veces saca a relucir hechos que pueden ser contemporáneos, como la compra de cortijos por el padre de Iscómaco a poco precio (XX 22), algo habitual a continuación de la guerra. Hay una alusión a Zeusis (X 1), cuya *acmé* coloca Plinio en el año 396. Los últimos capítulos, dedicados a la agricultura, no tienen razón de ser, pero responden a un fin político y económico: la recuperación de los campos convertidos en eriales por la guerra; en este aspecto, el *Económico* tiene una tendencia que nos hace ver que Jenofonte piensa en Atenas mientras lo redacta: instituciones áticas de pura cepa, las representaciones dramáticas, la antídosis, los coros, los sicofantas, las leyes de Dracón y Solón, etc., es decir, que todo él está escrito en función de Atenas, lo cual no basta para suponer que fuera escrito después del año 369, cuando probablemente le fue levantado a Jenofonte el destierro.

Más aún, también hay en el *Económico* claros influjos espartanos, y cuando habla de ciudades con buenas leyes se refiere a Esparta, como en el arte de mandar, en el capítulo XXI.

Según Juan Gil, Jenofonte no lo escribió de un tirón, sino que primero redactó un núcleo inicial (como en los *Recuerdos*) para contestar a Policrates, añadiendo el resto más tarde. Ambas obras probablemente germinaron y crecieron juntas y, en todo caso, Jenofonte ya no era un autor novel cuando compuso el *Económico*, que ofrece muchos puntos de contacto con dos obras de la vejez, la *Ciropeдия* y el *Hierón*. En las tres se plantea una serie de temas muy parecidos en torno a un problema fundamental, el del arte de mandar.

## INTERLOCUTORES

Aparecen, en dos diálogos sucesivos, tres interlocutores que dividen la obra en dos partes, con Sócrates como enlace entre una y otra. Critobulo, hijo de Critón, es un personaje muy conocido, que sale también en el *Banquete* y en los *Recuerdos*. En cambio, de Iscómaco apenas sabemos nada. Las ideas y reflexiones puestas tanto en boca de Sócrates como de Iscómaco son tan absolutamente propias de Jenofonte que nos sorprende que no escribiera abiertamente un tratado de administración en vez de un diálogo socrático.

Sócrates era en ese tiempo una figura literaria, un filósofo errante; presentarle como un terrateniente, una autoridad en la casa y en la organización del campo y de la agricultura, habría llevado al autor demasiado lejos de la verdad. De ahí el compromiso ingenioso de poner en boca de otro lo que era imposible hacerle decir a Sócrates. Esa otra persona tema que ser un hombre maduro y de posición, y no podía ser el propio Jenofonte. De ahí la presencia de Iscómaco, que, según Plutarco, es un personaje histórico (*Moralia* 516c) exponente del hombre de bien ateniense, que puede permitirse el lujo de dedicarse a la caza y mantener una cuadra, aunque poco relacionado con la historia que cuenta. En cualquier caso, tal como aparece en esta obra, Iscómaco es claramente Jenofonte, vuelto de la guerra y viviendo feliz y próspero en su propia finca de Escilunte.

Como dice Mardrau, se podrá discrepar de este modelo de «Iscómaco» con sus calzados, cacharros y cacerolas, pero sólo podemos sentir simpatía por esa mujer sufrida, una pequeña santa, que es su mujer, la más impresionante

figura en la galería de mujeres de Jenofonte, después de conocer a la Teodota de *Recuerdos*, la Sienesia de *Anábasis* y la Pantea de *Ciropeida*, para volver a esta heroína anónima de la casa. Pero si Iscómaco es Jenofonte, su mujer es la mujer de Iscómaco, es decir la mujer de Jenofonte, Filesa. «Querida, ¿dónde está tal cosa?», le pregunta y Filesa, sin saber qué responder, lo único que puede hacer es agachar la cabeza y ruborizarse. Entonces tiene que oír un largo sermón sobre la belleza del «orden» de la casa, con ilustraciones tomadas del ejército y de la marina. Es agradable saber que, al menos en una casa de Esciunte, entre la parafernalia doméstica reinaba un orden regional, desde los pucheros hasta las obras de arte.

#### ESTRUCTURA

El principio y el fin del *Económico* son abruptos, e incluso el nombre de Sócrates no aparece en las cinco primeras oraciones, dándolo como ya citado; tampoco hay epílogo. Esto no debe hacer suponer, como hizo Galeno, que se trate de una continuación de *Recuerdos* destinada a seguir el cuarto libro, pero sí ha motivado que más de un filólogo abrigara serias dudas sobre la composición e independencia del *Económico*. La segunda parte termina (II 10) y la tercera parte empieza (III 1) con la misma brusquedad.

Se puede agrupar el *Económico* con los diálogos misceláneos (sin duda no compuestos todos en la misma época) que forman el tercer libro de *Recuerdos*. El plan de la obra es curioso, pues los seis primeros capítulos forman un largo preámbulo a la conversación que se cuenta con Iscómaco. La obra, desde luego, no debe juzgarse como si fuera

un tratado completo de administración de una hacienda, interior y exterior. Eso es precisamente lo que Jenofonte quiso escribir. El valor real de la doctrina no es tan grande como el de la del *Hipárquico*, pero aun así la enseñanza es buena, aunque el interés permanente del libro estriba no tanto en el ejemplo que ofrece y en su valor literario (que no es grande) cuanto en la luz que proyecta sobre la vida íntima de Jenofonte, sus aficiones y objetivos.

Hay muchas contradicciones, que obligan a pensar en una «duplex recensio». El capítulo XV, por ejemplo, repite conceptos expuestos en párrafos anteriores. El epílogo de VI 2-10 prueba de manera muy clara que, en el esbozo original, el *Económico* terminaba en ese punto. Juan Gil apoya la hipótesis de una sucesiva elaboración del *Económico*. Según él, Jenofonte sólo pensaba añadir unos capítulos a los *Recuerdos*, pero una vez compuesta la primera parte, desbordado el estrecho margen de su proyecto, empezó con mayor amplitud sus ideas en un libro independiente. Aun así, surgen preguntas: ¿por qué no pulió Jenofonte su obra para evitar estas incongruencias? Se puede alegar que también la *Iliada*, Virgilio, el *Quijote* las tienen. Por otra parte, la doble redacción del capítulo XV parece indicar que Jenofonte no dio una última mano a su obra, sino que la publicó como estaba, tal vez absorbido por tareas más acuciantes, y así coexisten dos redacciones yuxtapuestas.

Los tres puntos fundamentales que aborda Jenofonte en su obra son la situación de la mujer en Atenas, la esclavitud y el arte de la agricultura.

En cuanto al primero, Jenofonte se sitúa en la tradición socrática más pura cuando aboga por los derechos de la mujer. Los cuatro capítulos dedicados a este tema (VII-X) trazan el primer retrato conocido de la «per-

fecta casada», uno de los más agradables que se han escrito.

La conjura de silencio en torno a la mujer se centra en Atenas en la *sophrosyne* femenina. Desde muy pronto, el ateniense ahoga a la mujer con su personalidad, y aquélla queda encerrada entre las cuatro paredes de la *gunaikonitis*. Incluso en el siglo VI se establece una magistratura para velar por la compostura de las mujeres (*gunaikonómoi*). Hay datos que reflejan también un lenguaje más arcaico en las mujeres a consecuencia de su aislamiento. En resumen, la cultura griega es totalmente masculina, y el mejor piropo que le puede dedicar a la mujer de Iscómaco es decir que tiene «ánimo varonil». No hay elegía erótica como en Roma, porque el amor se considera como un mal, una enfermedad a la que sólo sucumben las mujeres, más débiles que los hombres. Pero la sofística levantó la voz de protesta contra esta relegación injusta. El elogio de Gorgias a Helena ya no era nuevo. También Eurípides defendía la promiscuidad entre hombre y mujer. La figura de Aspasia, por la que Sócrates sentía una gran admiración, tuvo una gran influencia en este movimiento feminista, aunque nunca hubo emancipación de la mujer a gran escala.

Iscómaco recibió a su mujer cuando ésta tenía quince años. También los protagonistas de la novela griega son un ejemplo de la temprana edad en que llegaban al matrimonio las mujeres. La fuente de Jenofonte en este capítulo puede ser Esquines de Esfeto o Pródico de Ceos. En cualquier caso, este capítulo VII del *Económico* se convirtió con el tiempo en una especie de catecismo de la «perfecta casada».

Los tres capítulos dedicados a la esclavitud nos plantean el problema de la existencia real de una esclavitud agraria generalizada tal como parece indicar Jenofonte (XII-

XIV). En Grecia empezó a tomar incremento la esclavitud a partir del siglo VI, coincidiendo con una época de economía apoyada en la industria y necesitada de mano de obra barata y abundante. La revolución industrial de los siglos VII y VI no alteró las condiciones del laboreo, que siguió apegado a viejas usanzas y tradiciones. Una gran proporción de esclavos eran industriales, algunos menos se dedicaban al comercio, y muchos menos a la agricultura, teniendo en cuenta que por la especial configuración geográfica del suelo ático no podía haber grandes latifundios. Según Lisias (disc. XXXIV), de 20.000 ciudadanos libres, sólo 5.000 no poseían tierras. Además, la pobreza del terreno obligaba al sistema de barbecho. Por todo ello, era más económico contratar peones que tener esclavos fijos, cuyo mantenimiento y rendimiento era a la larga muy caro. Estos capítulos del *Económico* no reflejan las condiciones de vida del campesino ateniense, sino más bien la situación de un propietario de terreno fértil y rico en toda clase de dones naturales, tal como debió serlo el propio Jenofonte.

El trato que Jenofonte da a los esclavos es humanitario: si el esclavo cae enfermo (VII 37), la mujer del amo debe cuidarle o traer un médico. El criado es tratado como otro hombre más y sólo en una ocasión parece sentir Jenofonte cierto desprecio hacia el esclavo, cuando habla de una educación «animal» (XIII 9). Jenofonte admite la doctrina de la esclavitud natural, que es muy anterior a Aristóteles, el cual se limitó a darle forma filosófica en su *Poética*. Los tres capítulos que comentamos aluden a la educación del capataz, que era un esclavo más escogido.

Los capítulos XV-XIX están dedicados a la agricultura. Si queremos averiguar sus fuentes de información, Jenofonte alude a ciertas personas que han escrito mucho sobre

la agricultura (XVI 1), con lo cual puede referirse a Arquitas de Tarento y a Demócrito de Abdera.

A lo largo de la obra aconseja Jenofonte no emprender ninguna faena agrícola sin hacer previamente propicios a los dioses, reflejando claramente la mentalidad de los campesinos, que saben que la bondad de las cosechas depende de fuerzas incontroladas por el hombre.

Los consejos de Jenofonte distan mucho de ser exhaustivos. En el capítulo XVI se limita a tratar del arado de las tierras. El capítulo XVII se dedica a consejos sobre la siembra, temprana y tardía. A la siega, la trilla y la bielda dedica el capítulo XVIII, y tras haber expuesto los trabajos de recolección pasa a tratar del cultivo de árboles frutales, la viña, el olivo y la higuera.

#### PERVIVENCIA DEL «ECONÓMICO»

Sin ser geniales ni trascendentes, las obras de Jenofonte reflejan la mentalidad griega del siglo IV. Como escritor, supo adecuar sus obras a las necesidades de su época, y así, la *Anábasis*, la *Ciropeida* y los *Recuerdos* fueron leídos e imitados, y también lo fueron sus obras más pequeñas, como el *Banquete* o el *Cinegético*. El *Económico* no fue una excepción, sobre todo al formar parte de un tipo de literatura muy en boga en su tiempo, con un tema ya tratado por los sofistas; el propio Antístenes escribió un *Económico*, Aristóteles escribió también un tomo *Sobre la economía*, y su condiscípulo Jenócrates, otro, hoy perdido. Entre las escuelas filosóficas de la época helenística, la Stoa es la que más atención prestó a Jenofonte; por influjo estoico fue leído Jenofonte por autores romanos

de los siglos II y I a. C., como Catón, Escipión el Africano, Q. Lutacio Cátulo y otros.

El *Económico* fue analizado y criticado por Filodemo, filósofo epicúreo contemporáneo algo mayor que Cicerón, en su tratado *Pert oikonomías*, pero ha quedado poco de lo que escribió, cubierto por las cenizas de Herculano. Más tarde fue traducido al latín por Cicerón cuando éste apenas tenía veinte años, lo cual justifica que su versión sea impropia de un autor de su categoría. Los agrónomos latinos del Imperio conocieron el *Económico*, pero el único que parece haberlo usado en su original es Plinio, que en su *Historia Natural* echa en cara a Cicerón un fallo de interpretación. En el siglo I hay muchas alusiones de influencia estoica al *Económico*, aunque en autores no de primera fila, como Musonio Rufo, Dión de Prusa, Hierocles, Máximo de Tiro, etc. La segunda sofística no parece haber mostrado aprecio hacia esta obra, pero sí Plutarco, gran lector de Jenofonte, que lo cita varias veces en sus *Moralia*. También lo citan Eliano, Ateneo, Pólux y Sinesio. En Occidente, el *Económico* apenas ha dejado huellas.

En nuestro siglo se han publicado cuatro ediciones del *Económico*, tres de ellas críticas. La de E. C. Marchant, en la *Scriptorium classicorum bibliotheca Oxoniensis*, 1902 y 1921, presenta poco aparato crítico, pero es muy útil. En 1915, a cargo de Th. Thalheim, apareció la edición de Teubner, que es muy buena. Y luego la de H. Bolla, *Senofonte*, Turin, 1923, y la de P. Chantraine, publicada por la Association Guillaume Budé en 1949, en París.

En España tenemos una magnífica edición a cargo de Juan Gil, con traducción y notas. Con aparato crítico exhaustivo, estudia toda la problemática interna del diálogo y las ediciones, utiliza 23 manuscritos para la *recensio* y dedica una parte muy amplia a la *emendatio*. Por su

precisión, es el texto que hemos seguido en nuestra traducción.

Jenofonte escribe con un entusiasmo contagioso y muestra su maestría en un estilo y una dicción fáciles, pero ocurre con sus palabras lo que con sus ideas, que a menudo irrita al lector por su incesante repetición del mismo modelo de oración, la misma fórmula, e incluso muchas veces la misma palabra. Su pensamiento se mueve en un círculo estrecho de ideas, pero domina un vocabulario extenso y variado; por ello sorprende que use siempre la misma palabra una y otra vez en el intervalo de pocas líneas. Hemos intentado actualizar la traducción empleando sinónimos, pero tratando de respetar su inconfundible estilo.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BOLLA, H., *Senofonte. L'Economico*, Turin, 1923.  
 CHANTRAINE, P., *Xénophon. Économique*, Paris, 1949.  
 DAVIES, DAVID OLIVER, *The education of Socrates in Xenophon's Economicus*, tesis doct., State Univ. of New York at Buffalo, 1989.  
 GIL, JUAN, *Económico*. Edición traducida y notas, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1967.  
 THALTHEIN, TH., *Xenophon. Scripta minor*, Leipzig, 1915.

## ECONÓMICO

En cierta ocasión le oí mantener la siguiente conversación sobre la administración de una casa:

— Dime, Critobulo, preguntó, ¿es acaso la administración de una casa el nombre de un saber, como la medicina, la herrería y la carpintería?

Yo creo que sí, respondió Critobulo.

— Y de la misma manera que podríamos señalar la actividad de cada una de esas artes, ¿podríamos también decir cuál es la propia de la administración?

— Me parece, dijo Critobulo, que la actividad propia de un buen administrador es administrar bien su propia hacienda.

— Y si alguien le confiara la hacienda de otro, dijo Sócrates, ¿no podría, si quisiera, administrarla bien, como la suya propia? Pues el que sabe carpintería podría también hacer para otro lo mismo que hace para sí, y lo mismo el administrador.

— Así lo creo, Sócrates.

— ¿Puede entonces el entendido en ese arte, dijo Sócrates, aunque no tenga bienes personalmente, recibir un sueldo por administrar una hacienda, como lo recibiría por construir una casa?



- Si, ¡por Zeus!, dijo Critobulo, y ganaria un buen sueldo si al hacerse cargo de una hacienda fuera capaz de cubrir gastos, hacer economías y acrecentar la propiedad.
- 5 — ¡Pero qué creemos que es una hacienda? ¿Es acaso lo mismo que una casa o también cuanto se pone fuera de la casa forma parte de la hacienda?
- Al menos en mi opinión, dijo Critobulo, todo lo que uno posee, aunque ni siquiera esté en la misma ciudad que el poseedor, forma parte de la hacienda.
- 6 — ¿Y no tienen algunas personas también enemigos?
- Si, ¡por Zeus!, y algunas, muchos.
- ¿Diremos entonces que son propiedades tuyas los enemigos?
- Sería muy ridiculo, dijo Critobulo, que el que acredita el número de enemigos encima recibiera un sueldo por ello.
- 7 — Pues nosotros creíamos que la hacienda de un hombre era lo mismo que sus propiedades.
- Si, ¡por Zeus!, replicó Critobulo, siempre que lo que uno posea sea bueno, pues, ¡por Zeus!, si es malo yo no lo llamo propiedad.
- Me da la impresión de que tú llamas propiedad a lo que es provechoso para cada uno.
- Desde luego, respondió, pues lo perjudicial más bien lo considero daño que riqueza.
- 8 — Entonces, si alguien después de comprar un caballo no sabe cómo manejarlo, se cae y se hace daño, ¿no es un bien suyo el caballo?
- No, si los bienes son algo bueno.
- Luego tampoco la tierra es un bien para el hombre que la trabaja hasta el punto de que su cultivo le perjudica.
- En efecto, tampoco es riqueza si en vez de mantenernos nos hace pasar hambre.

- ¿Y lo mismo pasa con las ovejas? Si alguien se perjudica por no saber hacer uso de ellas, ¿tampoco serian un bien para él las ovejas?
- Al menos es lo que yo creo.
- Entonces, al parecer, tú consideras bienes lo que beneficia y no consideras bienes lo que perjudica.
- Así es.
- Luego las mismas cosas son bienes para quien sabe lo utilizar cada una de ellas y no son bienes para quien no sabe utilizarlas. Es como, por ejemplo, una flauta<sup>1</sup>, es un bien para quien sabe tocarla discretamente, pero para una persona incompetente no vale más que unas piedras inútiles.
- Cierito, a no ser que la venda<sup>2</sup>.
- Entonces estamos de acuerdo en esto, que la flauta es un bien si se vende, pero no lo es si no se vende y se posee sin saber hacer uso de ella.
- Nuestra conversación avanza muy a propósito de lo convenido, Sócrates, pues dijimos que un bien es lo que beneficia. La flauta no es un bien si no se vende, pues no sirve para nada. En cambio, si se vende, es un bien.
- Siempre que sepa venderla, pues si la vende a cambio de algo que no sepa utilizar, ni siquiera vendida es un bien, según tu propio razonamiento.
- Me parece que estás diciendo, Sócrates, que ni quiera el dinero es un bien si no se sabe utilizar.
- Creo que tú mismo conviniste que son bienes las cosas de las que nos podemos beneficiar. En cualquier caso, si alguien emplea su dinero en contratar a una artesana y por culpa de ella se encuentra peor de cuerpo, peor de

<sup>1</sup> Flauta de dos tubos; de ahí el plural *auloi*.

<sup>2</sup> Esta frase es de Critobulo y la siguiente, de Sócrates.

espíritu y peor de hacienda, ¿cómo podría beneficiarle su dinero?

— De ningún modo, a no ser que estemos dispuestos a afirmar que es un bien el beleño<sup>3</sup>, que vuelve loco a los que lo comen.

14 — En ese caso, Critobulo, si no se sabe emplear, hay que rechazar el dinero tan lejos que ni siquiera se incluya entre los bienes. En cuanto a los amigos, si uno sabe emplearlos para beneficiarse de su amistad, ¿qué diremos que son?

— ¡Bienes, por Zeus!, dijo Critobulo, y con mucha mayor razón que los bueyes, puesto que son más provechosos que ellos.

15 — Entonces, según tu propio razonamiento, los enemigos son también bienes para el que sea capaz de sacar provecho de ellos.

— Así me lo parece.

— Luego, es propio de un buen administrador saber utilizar también a los enemigos para obtener provecho de ellos.

— Con toda seguridad.

— Porque, en efecto, te das cuenta, Critobulo, de cuántas haciendas particulares se han engrandecido con las guerras, y también cuántos tiranos.

16 — Eso que dices me parece muy bien, Sócrates, dijo Critobulo, pero ¿qué podemos pensar cada vez que vemos a algunas personas que poseen saberes y recursos con los

<sup>3</sup> Planta solanácea, con muy diversas propiedades (PLINIO, *H. N.* XXV 4, 17). La glosa de Hesiquio alude a su poder narcótico; Hipócrates recomienda su uso, mezclada con vino tinto, como reconstituyente del parto. LUCIANO, *Podagra* 156, la cita como hierba medicinal. Andrés Laguna (*Dioscórides* libro IV, cap. 70, pág. 417) la recomienda contra el insomnio.

que pueden acrecentar sus haciendas si trabajan, pero advertimos que no están dispuestos a hacerlo, y por eso vemos que sus saberes son inútiles para ellos? ¿Qué otra cosa ocurre sino que ni sus saberes ni sus propiedades son bienes para ellos?

— ¿Estás intentando hablarme de esclavos, Critobulo?, 17 dijo Sócrates.

— No, ¡por Zeus!, respondió, sino de algunos que pasan por ser de muy alta cuna, que, según veo, son diestros unos en las artes de la guerra y otros en las de la paz, pero no están dispuestos a practicarlas, y la razón en mi opinión es que no tienen amos.

— ¿Cómo no van a tener amos, dijo Sócrates, si a pesar de sus plegarias por la felicidad y de estar dispuestos a hacer lo que les traería bienes, se ven impedidos de hacerlo así por sus dueños?

— ¿Y quiénes son entonces, dijo Critobulo, esos dueños invisibles?

— No, ¡por Zeus!, dijo Sócrates, no son invisibles, sino que están muy a la vista. Y tú mismo puedes ver que son los peores dueños, si consideras como maldad la holganza, la cobardía moral y la desidia.

— Pero también hay otra serie de amos engañosos que 20 fingen ser placeres como los juegos de dados y las malas compañías, que con el transcurso del tiempo hasta las propias víctimas de su engaño ven con evidencia que eran en realidad dolores adobados con placeres, que con su dominación les apartan de las actividades útiles.

— Pues hay otros, Sócrates, dijo, que no se ven impedidos de trabajar por dichos placeres, sino que se aplican con todo ahínco al trabajo y a procurarse ingresos, pero aun así, arruinan su hacienda y tropiezan con dificultades.

22 — Es que también ellos son esclavos, dijo Sócrates, y de dueños muy duros, unos de la gula, otros de la lujuria, éstos de la embriaguez, aquéllos de ambiciones estúpidas y costosas, todo lo cual domina con tal dureza a las personas que han caído en sus garras, que mientras los ven jóvenes y en condiciones de trabajar les obligan a entregar el fruto de su esfuerzo y a pagar tributo a sus caprichos, pero en cuanto se dan cuenta de que ya son incapaces de trabajar a causa de su edad, entonces les dejan envejecer 23 de mala manera e intentan utilizar otros esclavos. Pero es preciso, Critobulo, luchar por la libertad no sólo contra éstos sino también contra los que intentan esclavizarnos por las armas. Porque si los enemigos que esclavizan a alguien son hombres de bien, les obligan a ser mejores a muchos haciéndoles corregirse, y les hacen llevar una vida más agradable el resto de sus días. Pero tales dueños nunca dejan de maltratar los cuerpos de las personas, ni sus almas y haciendas mientras las tienen bajo su dominio.

24 — Entonces Critobulo empezó a hablar de la siguiente manera:

— Sobre este tema, a mi juicio, es más que suficiente lo que te he oído decir. Yo mismo al examinarlo encuentro, en mi opinión, que domino convenientemente tales pasiones, de modo que si me aconsejases lo que debo hacer para incrementar mi hacienda, no me lo impedirían, creo yo, esos que tú llamas dueños. Ánimo, pues, aconséjame cuanto tengas de bueno. ¿O es que ya has decidido que somos suficientemente ricos y piensas que no necesitamos más dinero?

25 — Por mi parte, dijo Sócrates, si también te estás refiriendo a mí, creo que no necesito más riquezas, sino que tengo el dinero suficiente. Tú, en cambio, Critobulo, me

pareces absolutamente pobre y a veces, ¡por Zeus!, siento una gran lástima de ti.

Critobulo, soltando una carcajada, dijo: <sup>3</sup>

— ¡Y cuánto dinero, Sócrates, ¡por los dioses! crees que sacarías vendiendo tus bienes y cuánto por los míos?

— Por mi parte, dijo Sócrates, creo que si consiguiera un buen comprador sacaría muy fácilmente por todos mis bienes cinco minas<sup>4</sup>. incluida la casa. En cambio, de los tuyos sé con certeza que conseguirías cien veces más.

— ¡Y, a pesar de reconocerlo, crees que no necesitas 4 más dinero y me compadeces por mi pobreza?

— Porque los míos, en efecto, dijo, me bastan para satisfacer mis necesidades. En cambio, para la vida que llevas y para poder mantener tu reputación, creo que ni aunque tuvieras tres veces más de lo que ahora posees sería suficiente para ti.

— ¡Cómo es eso?, preguntó Critobulo. <sup>5</sup>  
Sócrates respondió:

— En primer lugar, porque veo que estás obligado a celebrar frecuentes y abundantes sacrificios, pues en otro caso ni dioses ni hombres te aguantarían. En segundo lugar, porque tu rango te exige dar hospitalidad a muchos extranjeros y a tratarlos con magnificencia. En tercer lugar, tienes que ofrecer banquetes y agrandar a tus conciudadanos, o perder su adhesión. Además, veo que la ciudad te <sup>6</sup> ha impuesto ya grandes contribuciones: el mantenimiento

<sup>4</sup> Equivalentes a 500 dracmas. Según PLATÓN (*Apol.* 38b) y DIOGÈNES LAERCIO (II 4), Sócrates se prestó a pagar en el juicio como multa máxima una mina de oro. Según LIBANIO (*Apol.* Socr. 17), Sócrates heredó de su padre 80 minas, que perdió en el negocio de un amigo. Según DEMETRIO DE FALERCO (*PLUTARCO, Arist.* I 9), aparte de la casa tenía 70 minas. TOVAR (*Sócr.* pág. 86) afirma que Sócrates tenía una renta anual de 200 minas, que no era mucho para su tiempo.

de un caballo, la coregia<sup>2</sup>, la gimnasiaquía y la aceptación de presidencias; en caso de declararse una guerra, estoy seguro de que te impondrán los gastos de una trierarquía y unos gravámenes tan grandes que no podrás soportarlos fácilmente. Y en caso de que parezca que has quedado por debajo de lo que se esperaba de ti, me consta que los atenienses no te impondrán un castigo menor que si te hubieran cogido robándoles su dinero. Además de esto, advierto que crees ser rico y te desprecupas de conseguir dinero y te interesas por actividades pueriles, como si pudieras permitirte ese lujo. Por todo ello te compadezco, temiendo que sufras algún mal irreparable y te veas en un gran aprieto.

8 — Por mi parte, si necesitara algo, estoy seguro de que incluso tú reconoces que hay personas que estarían dispuestas a ayudarme, de tal suerte que dándome muy poco colmarían mi vida de abundancia. En cambio, tus amigos, que se bastan con sus recursos más que tú con los tuyos, se fijan en tí como si te fueran a sacar ayuda.

9 Critobulo respondió:

No tengo nada que objetar a eso, Sócrates, pero ya es hora de que me pongas en tus manos para que no me convierta de veras en alguien digno de compasión.

Sócrates entonces, al oírle, respondió:

— ¿No crees, Critobulo, que te estás portando de manera extraña? Hace un momento, cuando yo te decía que era rico, te reíste de mí, como si no supiera lo que era la riqueza, y no cejaste hasta que me refutaste y me hiciste

<sup>2</sup> Para el tema de las liturgias, véase nota 79 de *Recuerdos*. La presidencia de asociaciones culturales, sociales o políticas (*prostatelías*), así como la ayuda a ciudadanos necesitados y el dotar a hijas de padres pobres, contribuían a su buena fama.

reconocer que no tenía ni siquiera la centésima parte de tus bienes. En cambio ahora me pides que te proteja y me cuide de ti para que no te conviertas de hecho en un pobre de solemnidad.

— Es que, en efecto, estoy viendo, Sócrates, que conoces un procedimiento para crear riqueza, ahorrar, pues el que ahorra partiendo de escasos medios tengo la esperanza de que, con medios abundantes, podrá ahorrar con mucha facilidad.

— ¿No te acuerdas entonces de que hace poco tiempo, mientras habíamos, no me dejaste decir ni mu, cuando afirmaste que para el que no supiera emplear los caballos no eran bienes los caballos, ni la tierra, ni los rebaños, ni el dinero, ni ninguna otra cosa de la que no supiera hacer un uso adecuado? Porque las rentas proceden de tales fuentes. ¿Cómo supones entonces que sabría servirse de alguna de ellas una persona que en absoluto las poseyó nunca?

— Sin embargo acordamos que, aunque no se tuviera riqueza, había una ciencia de la administración. En ese caso, ¿qué impide que tú la conozcas?

— ¡Por Zeus!, lo mismo que le impediría a un individuo saber tocar la flauta si no tuviera una y nadie le permitiera aprender en la suya. Es lo mismo que me ocurre a mí con la administración. Pues nunca tuve bienes como instrumento para aprender ni me confié nadie los suyos para administrarlos, hasta que tú ahora estás dispuesto a confiármelos. Además, me imagino que los que aprenden por primera vez a tocar la lira la estropean, y de la misma manera, si yo intentara aprender a administrar en tu hacienda, posiblemente te arruinaría.

A esto contestó Critobulo:

— Estás poniendo un gran interés en zafarte de mí, Sócrates, para no ayudarme ni pizca a sobrellevar mejor las obligaciones de mi incumbencia.

— No, ¡por Zeus!, respondió Sócrates, en absoluto. Más bien estoy dispuesto a explicarte con todo empeño todo lo que sepa. Imagínate que vinieras a mi casa por lumbre<sup>6</sup> y yo no la tuviera; si te llevara a otra casa donde pudieras cogerla, no tendrías nada que reprocharme; si me pidieses agua y yo no la tuviera, pero te llevara a otro sitio para ello, estoy seguro de que tampoco me lo echarías en cara; y si quisieras aprender de mí la música y yo te indicara a otros mucho más diestros que yo en música, que además te estarían agradecidos si quisieras aprender de ellos, ¿qué motivos tendrías para quejarte de mi conducta?

— Ninguno, Sócrates, al menos razonablemente.

— Pues yo, Critobulo, te mostraré a otros muchos más diestros que yo en lo que me apremias que te enseña. Reconozco que me preocupé de averiguar quiénes eran los más enterados de la ciudad en cada materia. En efecto, al darme cuenta una vez que, con las mismas actividades, unos vivían en la más completa miseria y otros nadaban en la abundancia, maravillado, pensé que merecía la pena averiguar cuál era el motivo. Al indagarlo, descubrí que todo era muy natural. Pues vi que salían perdiendo los que trabajaban a la buena de dios y, en cambio, noté que los que lo hacían poniendo en tensión su inteligencia trabajaban con mayor rapidez, con más facilidad y mejor rendimiento. De éstos, en mi opinión, podrías aprender si quisieras, y llegar a ser un financiero muy capaz si la divinidad no se opone.

<sup>6</sup> Algo normal, por la dificultad de mantener el fuego en el hogar: en cuanto al agua, que era escasa, los ricos tenían el privilegio de tener pozos en casa.

Al oír esto exclamó Critobulo:

— Ahora sí que ya no te voy a dejar, Sócrates, hasta que me enseñes lo que me prometiste delante de estos amigos.

— ¿Y qué pasaría si te enseño en primer lugar, Critobulo, que unos con grandes presupuestos construyen casas inútiles, mientras que otros con mucho menos dinero edifican casas provistas de todo lo necesario?, ¿crearás que te estoy enseñando una de las cosas relativas a la actividad administrativa?

— Desde luego, dijo Critobulo.

— ¿Y qué dirías si te mostrara el resultado de ello, a saber: que unos, a pesar de poseer muchos y muy variados enseres, no pueden utilizarlos cuando los necesitan porque ni siquiera saben si están en buen estado, y, por ello, se atormentan a menudo a si mismos y molestan a los esclavos, mientras que otros que no tienen más, sino incluso menos que los anteriores, al punto tienen dispuesto para usar lo que necesitan?

— ¿Y cuál puede ser la causa de ello, Sócrates, sino que los enseres de los primeros están tirados en cualquier parte, mientras que los de los segundos están ordenados cada uno en su sitio?

— Sí, ¡por Zeus!, dijo Sócrates, y cada uno está colocado no al azar, sino donde conviene que esté.

— También esto que estás diciendo, dijo Critobulo, creo que forma parte de la administración de la hacienda.

— ¿Y qué dirías si te explicara ahora que los esclavos intentan escapar a menudo de donde todos, por así decirlo, están aherrojados, y, en cambio, donde están sueltos se muestran dispuestos al trabajo y a quedarse? ¿No te parecerá que también con esto te muestro otro resultado admirable de la administración?

- Sí, ¡por Zeus!, replicó Critobulo, ya lo creo.
- ¿Y si te dijera que labriegos que trabajan tierras pa-  
recidas, unos aseguran que están arruinados y perdidos por  
culpa de la agricultura, y otros, en cambio, consiguen en  
abundancia y con facilidad cuanto necesitan, gracias a ella?
- Sí, ¡por Zeus!, dijo Critobulo, porque tal vez gastan  
no sólo en cosas necesarias sino también en lo que causa  
daño al dueño y a la hacienda.
- Puede haber algunos así, dijo Sócrates, pero yo no  
me refiero a éstos sino a los que ni siquiera pueden sufra-  
gar los gastos necesarios, aunque confiesan ser labradores.
- ¿Y cuál puede ser la causa de ello, Sócrates?
- Te voy a llevar a su presencia, dijo Sócrates, y tú,  
al verlos, sin duda te darás cuenta.
- Sí, ¡por Zeus!, si es que soy capaz de ello.
- Entonces es conveniente que los veas e intentes com-  
probar si eres o no capaz de enterarte. De momento, me  
consta que tú, para ir a ver una comedia, te levantas muy  
temprano<sup>7</sup>: recorres un largo camino<sup>8</sup> y te empeñas en  
convencerte para que te acompañe al espectáculo, pero  
nunca me invitaste a ver una actividad real como ésta.
- Seguramente te parezco ridículo, Sócrates.
- Mucho más ridículo debes encontrarte tú mismo,  
¡por Zeus! Pero imagínate que te muestro que unos han  
llegado con la cría de caballos a la más absoluta penuria,

<sup>7</sup> Las representaciones dramáticas empezaban al amanecer. Por ejem-  
plo, *Acarnienses* y *Nubes* aluden al canto de los gallos, en *Asambleístas*,  
aún es de noche, y *Lisistrata* empieza al alba. El *Agamenón* y *Antígona*  
empiezan de noche. En las *Avispas*, los ancianos van a la Helice muy  
temprano.

<sup>8</sup> Como la ciudad se había extendido por la otra vertiente de la Acró-  
polis, había que andar bastante hasta el teatro.

mientras que otros gracias a ella incluso son muy ricos y  
se jactan al mismo tiempo de sus ganancias.

— Desde luego, veo y conozco a los dos tipos, pero  
no por ello formo parte del grupo de los ganadores.

— Es porque los contemplas como a los actores trági-<sup>9</sup>  
cos y cómicos, no para convertirte en poeta, creo yo, sino  
para disfrutar viendo u oyendo una obra. Y tal vez esto  
esté bien, ya que no quieres ser poeta, pero si estás obliga-  
do a servirte de la cría caballar, ¿no crees que eres insensa-  
to si no procuras dejar de ser un ignorante en esa activi-  
dad, sobre todo habida cuenta que los propios caballos  
te son provechosos para tu uso y lucrativos para vender-  
los?

— ¿Me estás invitando a domar potros, Sócrates? <sup>10</sup>

— No, ¡por Zeus!, no más que a comprar esclavos y  
entrenarlos desde la niñez como labradores. Pero, en mi  
opinión, hay ciertas edades tanto en los caballos como en  
los hombres en las que están inmediatamente disponibles  
y van mejorando progresivamente. También te puedo mos-  
trar que unos maridos tratan a sus mujeres de modo que  
las tienen como colaboradoras para acrecentar la hacien-  
da, mientras que otros las tratan como más se perjudican.

— ¿Y a quién hay que acusar de ello, al hombre o a la  
mujer?

— Si el rebaño está en malas condiciones, replicó Só-  
crates, por lo general echamos la culpa al pastor, y si el  
caballo se desmanda, en general culpamos al jinete. En  
cuanto a la mujer, si instruida por el marido en el bien  
se porta mal, tal vez en justicia tendría ella la culpa, pero  
si el marido se vale de ella a pesar de su ignorancia, sin  
haberla educado en el camino del bien, ¿no será él el que  
cargue con razón con las culpas?

- 12 En cualquier caso, Critobulo, sincérate con nosotros, ya que los presentes somos tus amigos: ¿hay alguien a quien confíes asuntos más importantes que a tu mujer?  
— Nadie.
- ¿Y hay alguien con quien hables menos que con tu mujer?
- De haberlos, no son muchos, respondió.
- 13 — ¿No te casaste con ella cuando sólo era una niña y había visto y oído lo menos posible?  
— Desde luego.
- Entonces será mucho más raro que sepa decir o hacer lo debido que el que se equivoque.
- 14 — Pero aquellos que según tú mismo dices, Sócrates, tienen mujeres que valen, ¿las educaron ellos mismos?  
— Nada mejor que investigarlo. Pero voy a presentarte a Aspasia<sup>9</sup>, que podrá informarte con mayor conocimiento que yo sobre todo el asunto.
- 15 — Yo creo que si la mujer es buena colaboradora en la hacienda, contribuye tanto como el marido a su prosperidad. El dinero entra en general en la casa gracias al trabajo del hombre, pero se gasta la mayoría de las veces mediante la administración de la mujer. Si esta administración es buena, la hacienda aumenta, si es mala, la hacienda se arruina. Creo también que te podría informar sobre los que destacan de manera notable en cada uno de los demás saberes, si piensas que lo necesitas.

- 16 — ¿Pero qué necesidad hay de mostrármelos todos, Sócrates?, dijo Critobulo. Porque ni es fácil tener en todos los oficios trabajadores como es debido, ni es posible lle-

<sup>9</sup> Es el mejor ejemplo al que puede acudir Jenofonte para defender la igualdad de sexos, aquí y en el *Banquete*.

gar a ser experto en ellos. En cambio, te ruego que me indiqués los oficios que parecen más nobles y más convenientes para que yo los practique, así como quienes los ejercen, y ayúdame en lo que puedas con tus enseñanzas.

— Tienes razón, Critobulo, pues los llamados oficios<sup>2</sup> manuales están desacreditados y, lógicamente, tienen muy mala fama en nuestras ciudades, ya que dañan el cuerpo de los trabajadores y oficiales, obligándoles a permanecer sentados y a pasar todo el día a la sombra, y alguno de ellos incluso a estar siempre junto al fuego. Y al afeminarse los cuerpos, se debilitan también los espíritus. Los oficios<sup>3</sup> llamados manuales, sobre todo, no dejan tiempo libre para ocuparse de los amigos y de la ciudad, de modo que tales obreros tienen mala fama en el trato con sus amigos y como defensores de su patria. Incluso en algunas ciudades, especialmente en las que tienen fama de belicosas, no se permite a ningún ciudadano ejercer oficios manuales.

— En ese caso, Sócrates, ¿qué oficios nos aconsejas<sup>4</sup> que practiquemos?

— ¡Acaso, dijo Sócrates, debemos avergonzarnos de imitar al rey de los persas? Dicen, en efecto, que éste, considerando la agricultura y el arte de la guerra como dos de las actividades más noble y necesarias, se dedica a ambas con el mayor entusiasmo.

Al oír esto, Critobulo exclamó:

— ¡Crees tú realmente que el rey de los persas se ocupa algo de la agricultura, Sócrates?

— Tal vez podríamos averiguar si se ocupa algo de ella, Critobulo, investigándolo de la siguiente manera. Reconocemos que el rey presta una gran atención a las actividades militares, puesto que en todas las provincias de las que recibe tributo ha dado órdenes a cada gobernador para que mantenga un número de jinetes, arqueros, honderos

e infantería ligera que sean capaces de mantener el control sobre los pueblos gobernados y de defender el país en caso de agresión enemiga. Aparte de estas tropas, mantiene guarniciones en las ciudadelas. El mantenimiento de estas tropas corre a cargo del gobernador encargado de este cometido. El rey pasa revista <sup>10</sup> todos los años a los mercenarios y demás soldados que tienen orden de estar en pie de guerra, y concentrándolos a todos, excepto a los que están de guarnición en las ciudadelas, inspecciona personalmente las tropas próximas a su residencia en el lugar señalado como punto de reunión, mientras manda hombres de su confianza para que inspeccionen las que están acuarteladas lejos. A los jefes de guarnición, gobernadores militares y sátrapas que presenten en regla el número de tropas ordenado y lo formen bien equipado con caballos y armamento en buenas condiciones, a estos oficiales les hace ascender con toda clases de honores y los enriquece con cuantiosos regalos. Si encuentra, en cambio, que algunos jefes se han despreocupado de sus guarniciones o han incurrido en malversación de gastos, a éstos los castiga severamente, los destituye del mando y nombra en su lugar a otros gobernadores. Con esta actitud creemos que se ocupa sin ambigüedades de los asuntos militares. Pero, además, examina y revisa personalmente todas las comarcas que recorre, y las que no visita personalmente las vigila enviando personas de confianza. Y si se entera de que algunos gobernadores mantienen poblado el país y cultivada y bien provista la tierra con los árboles y cosechas que produce cada una, a éstos les asigna más territorio, los colma de regalos y los recompensa con escaños honoríficos <sup>11</sup>.

<sup>10</sup> Cf. *Anábasis* I 9, 7, *Ciróp.* VI 2, 11, *Helénicas* I 4, 3.

<sup>11</sup> *Ciróp.* VIII 1, 39.

pero a los que ve que tienen la tierra sin cultivar, con poca población, sea por su dureza, su soberbia o su desidia, a éstos los castiga, los destituye de su cargo y nombra a otros gobernantes. ¿Tú crees que al obrar así se ocupa menos de que la tierra esté trabajada por sus habitantes que de que esté bien vigilada por la guarnición? Además, dispone de gobernantes nombrados por separado para cada jurisdicción, no los mismos, sino que unos gobiernan a los residentes y labradores y recaudan de ellos los impuestos, otros mandan a los hombres armados de las guarniciones. Y si lo el comandante de la guarnición no presta suficiente protección a la provincia, el gobernador civil y encargado de los agricultores denuncia al comandante, alegando que los habitantes no pueden trabajar la tierra por falta de protección, pero si el jefe de la guarnición garantiza la paz de los granjeros y el gobernador mantiene la tierra despoblada y sin cultivar, a su vez le denuncia el jefe militar. Hablando en términos generales, los que cultivan mal la tierra ni pueden mantener a la guarnición ni pagar los impuestos. Pero donde hay nombrado un sátrapa, éste se encarga de ambas funciones.

Entonces dijo Critobulo:

— Bien, Sócrates, si el Gran Rey actúa así, me parece que presta tanta atención a las faenas agrícolas como a las actividades militares.

— Y además, continuó Sócrates, en todos los distritos en que reside y en todas las visitas que realiza procura que haya vergeles, los llamados «paraísos» <sup>12</sup>. Llenos de todas las cosas bellas y buenas que suele producir la tierra,

<sup>12</sup> Palabra tomada del persa e introducida por Jenofonte en el léxico griego. Eran grandes jardines con cotos de caza mayor. Más tarde, la palabra *parádeisos* pasó a significar simplemente «jardín».



y en ellos se pasa la mayor parte del tiempo, a no ser que se lo impida la época del año.

14 — ¡Por Zeus!, dijo Critobulo, sin duda, Sócrates, se necesita cuidar que estos paraísos en los que el rey pasa el tiempo estén engalanados de la manera más hermosa posible con árboles y todas las demás hermosuras que la tierra produce.

15 — Y dicen algunos, añadió Sócrates, que, cada vez que el rey concede recompensas, primero hace comparecer a los que han sido valientes en la guerra, pues de nada serviría arar la tierra muchas veces si no hubiera quien la defendiese. En segundo lugar, a los que más se han esforzado en preparar la tierra y hacerla fecunda, proclamando que ni aun los más valerosos podrían vivir si no existieran los trabajadores. Se cuenta también que una vez, el rey más famoso que haya existido, dijo a los que habían sido convocados a los premios que debería ser él en justicia quien recibiera el galardón en ambas actividades, pues afirmaba ser el mejor en cultivar la tierra y en defender los cultivos.

17 — Según eso, replicó Critobulo, el rey se enorgullecía tanto de cultivar la tierra y mejorarla como de ser un guerrero.

18 — Sí, ¡por Zeus!, dijo Sócrates, si el rey hubiera vivido, más, yo creo que habría sido el mejor gobernante; de ello dio muchas pruebas, y sobre todo cuando marchó a luchar contra su hermano para disputarle el trono, pues se dice que nadie se pasó del lado de el rey a las filas del rey, y si muchas decenas de miles de soldados del rey a el rey. Y también considero esto como una gran prueba de la valía de un gobernante, que se le obedezca de buena gana y se esté dispuesto a permanecer junto a él en los momentos de peligro. Junto a él combatieron sus amigos mientras vivió y

a su lado murieron todos luchando en torno al cadáver, excepto Arieo, que tenía su puesto de comandante en el ala izquierda<sup>12</sup>. Pues bien, se afirma que este el rey, cuando Lisandro fue a llevarle los presentes de los aliados, le dio varias muestras de amistad, según contó el propio Lisandro una vez a un huésped en Mégara, y entre ellas le mostró en persona el vergel de Sardes<sup>13</sup>. Cuando Lisandro estaba admirando la belleza de sus árboles, la simetría de la plantación, la derecha de las filas de los árboles, la regularidad de los ángulos en su totalidad, la enorme variedad de perfumes que les acompañaban en su paseo, exclamó maravillado: «Ciro, todo me maravilla por su hermosura, pero mucho más me impresiona el que diseñó y distribuyó cada uno de las partes». Al oírle, el rey se alborozó y dijo: «Pues todo ello, Lisandro, lo diseñó y lo distribuí yo, y algunos de los árboles incluso los planté personalmente». Lisandro entonces, al mirarle y ver la esplendor de la vestidura que llevaba, al advertir su perfume y las gargantillas, brazaletes y demás joyas que lucía le dijo: «¿Qué dices, el rey? ¿Qué tú, con tus propias manos, plantaste algunos de esos árboles?». Y el rey le respondió: «¿Te sorprende ello, Lisandro? Te juro por Mitra que, mientras me lo permite mi salud, nunca como sin haber sudado antes practicando algún ejercicio militar o agrícola o esforzándome en algo». El propio Lisandro, según contó, al oír esto le estrechó la mano y le dijo: «Creo que te mereces tu felicidad, el rey, pues eres feliz por ser un hombre bueno».

<sup>12</sup> *Anábasis* I 9, 31. Arieo huyó cuando vio que el rey había caído.

<sup>13</sup> Esta anécdota pudo ocurrir cuando Lisandro acudió a Sardes para pedir ayuda a el rey contra los atenienses y quejarse de la conducta hostil de Tisafernes (*Helénicas* I 5, 2; *Plut.*, *Ale.* 35, *Lis.* 4; *Dionoro*, XIII 70; *PAUSANIAS*, IX 32). Es un anacronismo ponerla en boca de Sócrates.

v — Te he contado esto, Critobulo, continuó Sócrates, haciéndote ver que ni siquiera los muy afortunados pueden prescindir de la agricultura. Da la impresión, en efecto, que esta ocupación es al mismo tiempo un motivo de placer, un medio para acrecentar la hacienda y una forma de entrenar el cuerpo para poder hacer cuanto corresponde a un hombre libre. En primer lugar, en efecto, la tierra produce para quienes la trabajan los productos con los que viven los hombres y les concede además cuanto les permite vivir regaladamente. En segundo lugar, les facilita también cuanto engalana los altares, las estatuas y a ellos mismos, acompañado de agradabilísimos aromas y vistas. En tercer lugar, produce o alimenta numerosos manjares, ya que la cría de ganado está ligada a la agricultura, de modo que los hombres tienen víctimas para hacerse propicios a los dioses y reses para su uso. Y aunque la tierra concede sus bienes con la mayor abundancia, no permite que se recojan sin esfuerzo, sino que acostumbra a los hombres a soportar los fríos del invierno y los calores del verano. A los labriegos les aumenta la fuerza física ejercitando el vigor de sus brazos, y a los que trabajan como vigilantes les endurece despertándoles al amanecer y obligándoles a hacer duras caminatas. Pues tanto en el campo como en la ciudad, los asuntos más importantes tienen siempre fijada su hora. Además, si se quiere defender la ciudad con la caballería, la agricultura es la más capacitada para ayudarnos a mantener el caballo, y si es con la infantería, ella infunde vigor a nuestro cuerpo. También la tierra nos incita a expansionarnos con la caza, ya que al mismo tiempo da facilidades para mantener a los perros de caza y nutrir a los animales salvajes. Y tanto los caballos como los perros, que se benefician de la agricultura, corresponden favoreciendo a su vez a la finca: el caballo lleva por la ma-

ñana al capataz a su labor y le permite el regreso por la tarde; los perros ahuyentan a las alimañas para que no dañen las cosechas y los rebaños, haciendo seguros los pastos solitarios. También la tierra estimula a los labriegos a la defensa armada de su comarca, al mantener las cosechas en terreno abierto, al alcance del más fuerte. ¿Y qué arte sino la agricultura da más capacidad para correr, descansar y saltar? ¿Qué arte produce mayor gratificación a quienes la trabajan? ¿Cuál acoge con mayor placer a sus seguidores, invitándoles en cuanto se acercan a tomar lo que necesitan? ¿Cuál hospeda con mayor prodigalidad a los extranjeros? Para invernar con fuego abundante y baños calientes, ¿dónde hay mayor facilidad que en una campiña? ¿Dónde es más agradable veranear, con las fuentes, las brisas y la sombra, que en el campo? ¿Qué otro arte ofrece a los dioses primicias más adecuadas o da ocasión para fiestas más completas? ¿Cuál es más grato a los esclavos, más agradable para la mujer, más anhelado por los hijos o más agradecido por los amigos? A mí me resulta extraño que un hombre libre pueda tener una posesión más placentera que ésta o encontrar una actividad más satisfactoria que ella o más provechosa para la vida. Más aún, quienes son capaces de aprenderla, pues cuanto más se la cuida, con más bienes corresponde. Y en el caso de que, debido a grandes incursiones militares, se vean privados de sus cultivos, los que se dedican a la agricultura, que reciben una educación enérgicamente viril, éstos, bien entrenados de cuerpo y de espíritu, están en condiciones, si la divinidad no se lo impide, de invadir el país de los sitiadores y apoderarse de lo que necesiten para alimentarse. Con frecuencia, en tiempo de guerra es más seguro procurarse el sustento con las armas que con herramientas de labranza.

- 14 La agricultura también enseña a mandar a los hombres; contra el enemigo, en efecto, hay que ir con hombres, y también con hombres se lleva a cabo la labranza de la tierra.
- 15 Por ello, quien se disponga a ser un buen labrador necesita conseguir que sus obreros tengan buena voluntad y estén decididos a obedecerle. Lo mismo debe conseguir el que conduce un ejército contra el enemigo, recompensando a quienes hacen lo que deben hacer y castigando a los indisciplinados. El labriego debe exhortar a sus trabajadores tanto como el general a sus soldados. Los esclavos necesitan tener buenas esperanzas tanto como los hombres libres, y aun más si cabe, para que estén dispuestos a permanecer en su puesto. Estuvo muy acertado el que dijo que la agricultura era la madre y la nodriza de las demás artes, pues si la agricultura florece, prosperan también las otras artes, pero cuando la tierra se ve obligada a mantenerse yerma, se marchitan casi sin excepción las restantes artes, tanto en la tierra como en el mar.
- 18 Al oír estas palabras, Critobulo respondió:
- Me parece que está muy bien lo que dices, Sócrates. Sin embargo, un hombre no puede prever la mayoría de los avatares de la agricultura. En efecto, las granizadas, a veces las heladas, las sequías, las lluvias excesivas, el año, etc., a menudo destruyen trabajos bien planificados y bien llevados a cabo. Y a veces surge una enfermedad y aniquila de la peor manera los rebaños que mejor se habían criados.
- 19 Al oír esto, Sócrates intervino:
- Yo pensaba, Critobulo, que tú sabías que los dioses tienen en sus manos soberanas tanto las labores agrícolas como las de la guerra, y me imagino que te das cuenta de que los que están en guerra, antes de emprender acciones tratan de propiciarse a los dioses y les consultan me-

- dante sacrificios y augurios que es lo que deben y lo que no deben hacer. En cuanto a las faenas agrícolas, ¿te imaginas que es menos necesario propiciarse a las divinidades? Por que has de saber que los hombres sensatos ofrecen plegarias a los dioses por la protección de los frutos y del grano, de los bueyes, los caballos, las ovejas y todas sus propiedades.
- Creo que tienes razón, Sócrates, cuando me invitas a que intente empezar cualquier empresa con la ayuda de los dioses, dándome a entender que los dioses tienen en sus manos tanto las tareas de la paz como las de la guerra. Por ello intentaremos obrar así. Pero tú, volviendo a coger el tema donde dejaste de hablar sobre la administración de la hacienda, trata de exponer el tema paso a paso, porque ahora pienso que, después de oír lo que dijiste, ya distingo mejor que antes lo que tengo que hacer para procurarme los medios de vida.
- ¿Y qué dirías, respondió Sócrates, si en primer lugar repasáramos los puntos de acuerdo en nuestra conversación, para intentar en la medida de lo posible llegar también a un acuerdo en lo que nos queda por discutir?
- Al menos resulta agradable, dijo Critobulo, que, de la misma manera que llegan a un acuerdo sin ambigüedades los socios de un negocio, también nosotros, compañeros de discusión, recorramos punto por punto, poniéndonos de acuerdo en los temas que discutimos.
- Desde luego, dijo Sócrates, la administración de la hacienda nos pareció que era el nombre de un saber, y este saber resultó ser el que hace que los hombres puedan acrecentar su hacienda; hacienda nos pareció ser lo mismo que la totalidad de las propiedades, y, a su vez, afirmamos que propiedad era lo provechoso para la vida de cada uno,

y provechoso se descubrió que era todo aquello de lo que se supiera hacer uso. Y nos pareció que, desde luego, no era posible aprender todos los saberes, pero rechazamos, de acuerdo con las ciudades en nuestro examen, las artes llamadas manuales, porque no sólo parecen estropear el cuerpo, sino, además, enervar el alma.

6 — Dijimos que la prueba más evidente de ello sería, en el caso de que el enemigo invadiera el país, poner por separado a los labradores y a los obreros y preguntarles si votaban por defender el campo o por renunciar a su 7 defensa y custodiar las murallas. Pensamos que los campesinos votarían por defender el campo y los obreros por no combatir sino permanecer sentados, que es precisamente en lo que han sido educados, lejos del esfuerzo y el 8 peligro. También llegamos a la conclusión de que para el hombre de bien la agricultura es la actividad y el saber más importante, ya que de ella se procuran los hombres 9 el sustento. Y esta actividad nos pareció la más fácil de aprender y la más agradable de practicar, la que mantenía los cuerpos más sanos y robustos y la que más ocio dejaba al espíritu para dedicarse a los amigos y a la ciudad.

10 También nos pareció que la agricultura contribuía a estimular el valor, al producir los alimentos y nutrir los rebaños a los labriegos fuera de las murallas. Por este motivo tenía esta manera de vivir el mayor prestigio en las ciudades, ya que parece proporcionar los mejores ciudadanos y los más leales a la comunidad.

11 — Creo que estoy más que suficientemente convencido de que vivir de la agricultura es lo más noble, lo mejor y lo más agradable. Pero en lo que decías de haber descubierto las razones por las que unos cultivan la tierra de modo que gracias a la agricultura consiguen en abundancia lo que necesitan, mientras que otros la cultivan de tal

suerte que la agricultura no les reporta beneficio, es un punto en el que me gustaría oírte, para hacer lo que sea bueno y desechar lo que resulte perjudicial.

— ¿Y qué dirías, Critobulo, preguntó Sócrates, si te contara desde el principio cómo conocí una vez a un hombre que me parecía que en realidad era uno de esos que con razón se llaman «hombres de bien»?

— Sin duda me gustaría mucho oírte, respondió Critobulo, puesto que yo también estoy deseando llegar a ser digno de ese nombre.

— Entonces te voy a contar, dijo Sócrates, cómo llegué a tener noticia de él. Muy poco tiempo me bastó para visitar a los buenos carpinteros, los buenos herreros, buenos pintores, buenos escultores y otros por el estilo, y para contemplar sus obras consideradas como bellas. Pero mi alma estaba muy ansiosa de encontrarse con alguno de los que tienen ese venerable nombre de «hombres de bien» para averiguar qué hacían para merecer tal denominación. Y al principio, como el epíteto «bello» está añadido al de «bueno», en cuanto veía a alguien bello me acercaba a él y trataba de descubrir si veía que la «bondad» estaba acompañando a la «belleza». Pero, naturalmente, no era así, sino que me pareció advertir que algunos del todo bellos de aspecto eran malvados de espíritu. Entonces, dejando de lado la bella apariencia, decidí acercarme a uno de los llamados hombres de bien. Y como oía decir entre 17 hombres y mujeres, ciudadanos y extranjeros, que Iscómaco era invocado como hombre de bien, decidí intentar ponerme en relación con él.

Al verle en cierta ocasión sentado en el pórtico de Zeus VII Liberador — me acerqué a él porque me pareció que estaba

<sup>13</sup> Situado entre el Teseo (Hefesteo) y la Stoa Basileios.

desocupado, me senté a su lado y le dije: «¿Por qué, Iscómaco, tú, que siempre sueles estar muy ocupado, estás ahora sentado? Pues la mayoría de las veces te veo haciendo algo en el ágora, o al menos no completamente ocioso». «Y tampoco ahora me habrías visto así, Sócrates», contestó Iscómaco, «si no me hubiera citado con unos extranjeros para esperarles aquí». «Y cuando no tienes algo parecido que hacer, ¿por los dioses!», le dije yo, «¿dónde pasas el tiempo y qué haces? Porque estoy ansioso de que me informes sobre qué haces para que te llamen hombre de bien, ya que no pasas el día encerrado en tu casa ni el aspecto de tu cuerpo da a entender tal cosa». Iscómaco, sonriendo por lo de «qué haces para que te llamen hombre de bien», y aparentemente complacido dijo: «No sé si me llaman con ese nombre cuando hablan contigo sobre mí. Lo que sí es cierto es que cuando me citan para un cambio de bienes<sup>16</sup> por una trierarquia o una coregia, nadie me busca como el hombre de bien, sino que la citación viene claramente a nombre de Isómaco, hijo de Fulano. Y en cuanto a lo que me preguntabas, nunca paso el día dentro de mi casa, pues mi mujer se basta por sí sola para administrarla». «Ésa es también una cuestión, Iscómaco, sobre la que me gustaría mucho interrogarte: ¿la educaste tú personalmente hasta que llegó a ser como es debido o, cuando la recibiste de su padre y de su madre, ya sabía administrar lo que le incumbía?».

5 «¿Y qué podía saber cuando la recibí por esposa, si cuando vino a mi casa aún no había cumplido los quince

<sup>16</sup> *Antídotis*. Cf. nota 79 de *Recuerdos*. Si el individuo requerido para el cambio de bienes se negaba, quedaba citado ante el tribunal del arconte y los dos tenían que presentar un balance de sus bienes. Si el fallo le era favorable, aún podía recurrir exigiendo el intercambio de bienes.

años y antes vivió sometida a una gran vigilancia, para que viera, oyesa y preguntara lo menos posible<sup>17</sup>: ¿No te parece que pude estar contento si llegó a mi casa sin saber otra cosa que hacer un manto, si recibía la lana, o sin haber visto otra cosa que cómo se reparte el trabajo de la hilatura entre las criadas? Y en cuanto a la gula se refiere, Sócrates, vino perfectamente educada. Lo cual, en mi opinión, es lo más importante en la educación del hombre y de la mujer». «Y en los demás aspectos, Iscómaco», le pregunté, «¿educaste tú mismo a tu mujer hasta que fue capaz de encargarse de los deberes que le corresponden?». «¡Sí, por Zeus!», replicó Iscómaco, «pero no lo hice sin haber ofrecido antes sacrificios a los dioses y haberles suplicado que me concedieran a mí enseñar y a ella aprender lo que fuera mejor para ambos». «Entonces», dije yo, «¿tu mujer participó contigo en los sacrificios y se unió contigo en las plegarias?». «Desde luego», replicó Iscómaco, «y me hizo muchas promesas poniendo por testigos a los dioses, de que llegaría a ser como es debido, y era evidente que no iba a desinteresarse de las enseñanzas que recibiera». «¡Por los dioses!, Iscómaco», dije yo, «¿qué fue lo primero que le enseñaste?». Cuéntamelo, por lo que escucharé tu relato con más gusto que si me narraras la más hermosa competición atlética o hípica». Iscómaco me respondió: «Pues bien, Sócrates, cuando ya se había familiarizado conmigo y estaba lo bastante dócil como para mantener una conversación, le hice las siguientes preguntas: “Dime, mujer, ¿te has dado ya cuenta del motivo

<sup>17</sup> Para *Penciles* (*Tuc.* II 45, 2) la mayor aspiración de la mujer es que se hable lo menos posible de ella, para bien o para mal. También para *Demócrito* (B 274 Diels) la parquedad de palabras es el mejor ornato femenino. Mentalidad parecida se refleja en *Eurípides* y en *Platón*.

por el que te tomé por esposa y tus padres te entregaron  
 11 a mí? Porque estoy seguro de que también tú te das perfecta cuenta de que no habría existido ningún problema en encontrar otra persona con la que compartir el lecho. Yo, por mi parte, pensando en mi interés, y tus padres en el tuyo, deliberando sobre quién sería mejor como con-  
 12 sorte para el hogar y los hijos, te escogí a ti, y tus padres, por lo visto, me eligieron a mí entre todos los partidos posibles. Si la divinidad algún día nos concede hijos, entonces pensaremos cuál es la mejor manera de educarlos, pues también éste es un bien común a ambos, encontrar los mejores aliados y el mejor sostén posible en la vejez. Ahora, en cambio, lo que tenemos en común es esta hacienda. Yo ingreso en el fondo común todo lo que poseo, y tú entregaste a ese fondo cuanto aportaste al matrimonio. Y no hay que hacer cuentas sobre quién de los dos ha contribuido realmente con una cantidad mayor, sino que hay que tener claro que quien sea mejor compañero  
 14 de los dos, ése es el que aporta lo de más valor". A estas palabras respondió mi mujer: "¿Y en qué podría ayudarte? ¿Qué capacidad tengo yo? Porque todo depende de ti. Mi obligación me dijo mi madre que era la de ser dis-  
 15 creta". "Sí, ¡por Zeus!, mujer", le dije yo, "también a mí me lo dijo mi padre. Pero es propio de personas juiciosas, tanto del hombre como de la mujer, actuar de manera que el patrimonio esté en las mejores condiciones posibles y se acreciente también lo más posible por medios honestos y legítimos". "¿Y qué ves entonces", dijo mi mujer, "que pueda hacer para ayudarte a incrementar la hacienda?" "¡Por Zeus!", repliqué yo, "¡intenta cumplir lo mejor posible lo que los dioses te capacitaron para hacer y la ley ha sancionado". "¿Y qué es?", preguntó. "En mi opinión", dije yo, "no lo de menor importancia, a no ser que

la abeja reina<sup>18</sup> se ocupe en la colmena de tareas de poca monta. Porque a mí me parece, mujer, que los dioses han  
 18 unido con gran discernimiento esta pareja que se llama hembra y macho, para que tengan el máximo beneficio en su alianza. En primer lugar, esta pareja se une en matrimonio, procreando hijos para que no se extingan las especies de seres vivos. En segundo lugar, esta unión proporciona, al menos a los seres humanos, la posibilidad de un apoyo en la vejez. En tercer lugar, los seres humanos no viven al aire libre como los animales, sino que necesitan evidentemente un techo.

Por consiguiente, los hombres que vayan a tener algo  
 20 que meter bajo el techo necesitan que alguien esté dispuesto a trabajar en las faenas al aire libre, pues tanto el barro como la siembra, el plantío y el pastoreo son todas ellas actividades al aire libre, y de ellas se consiguen los alimentos. Pero a su vez es preciso, una vez que todo ello  
 21 se almacena bajo techado, que alguien lo conserve y trabaje en las tareas que necesitan estar a cubierto. Techo necesita también la crianza de los niños recién nacidos, y también lo necesita la molienda del grano para fabricar el pan,  
 22 lo mismo que la confección de vestidos de lana. Por ello, ya que tanto las faenas de dentro como las de fuera necesitan atención y cuidado, la divinidad, en mi opinión, creó la naturaleza de la mujer apta desde un principio para las labores y cuidados interiores, y la del varón para los trabajos y cuidados de fuera. Dispuso también que el cuerpo 23

<sup>18</sup> Tanto aquí como en el capítulo 32 se considera hembra a la abeja reina, aunque tanto entre los griegos como entre los romanos en general se la consideraba macho. Cf. el propio JEN., *Helénicas* III 2. 28, *Esq.*, *Persas* 128-129, *PLATÓN*, *Rep.* 502b, *ARIST.*, *H. A.* 533b5, *VIRGILIO*, *Geórg.* IV 215 y sigs., *OVID.*, *Fastos* III 556, *PLINIO*, *H. N.* XI 46.

y la mente del hombre pudieran soportar mejor los frios y el calor, los viajes y las guerras, y en consecuencia le impuso los trabajos de fuera. En cambio, a la mujer, al darle un cuerpo menos capaz para estas fatigas, la divinidad le encomendó, me parece a mí, las faenas de dentro.

24 Y sabiendo que había inculcado en la mujer y le había encargado la crianza de los niños recién nacidos, también le adjudicó en el reparto un mayor cariño hacia los recién nacidos que al hombre. Como también encargó a la mujer la vigilancia de los víveres: sabiendo la divinidad que para la vigilancia no es malo ser de carácter medroso, infundió en la mujer un grado mayor de miedo que en el hombre.

Pero sabiendo que tendría necesidad de defenderse el que se encarga de las faenas de fuera, si alguien intenta hacerle daño, le dio a su vez a éste una mayor parte de audacia.

26 Como ambos tienen necesidad de dar y recibir, dio a ambos equitativamente memoria y atención, de tal modo que no podrías distinguir si el macho o la hembra tienen ventaja en este aspecto. También concedió a ambos con imparcialidad la facultad de ejercer el debido autocontrol, y les concedió la libertad de que quien fuera el mejor, hombre o mujer, consiguiera una mayor parte de esta virtud.

28 Y como ambos por naturaleza no tienen las mismas aptitudes, precisamente por ello se necesitan mutuamente, y la pareja es más provechosa porque uno puede lo que al otro le falta. Y entonces, una vez que sabemos, mujer, qué deberes nos ha asignado a cada uno de nosotros la divinidad, debemos esforzarnos cada uno en cumplir nuestras obligaciones de la mejor manera posible. La ley opina lo mismo al unir bajo un mismo yugo a un hombre y a una mujer. Y de la misma manera que la divinidad nos hace coparticipes de los hijos, así también la ley nos hace coparticipes de la hacienda. Además, la ley declara que son honorables

las ocupaciones para las que la divinidad dio a cada uno de nosotros mayor capacidad natural. Para la mujer, en efecto, es más honroso permanecer dentro de casa que estar de cotilleo en la puerta, mientras que al hombre le resulta más impropio estar dentro que cuidarse de los trabajos de fuera. Si un hombre actúa contra la naturaleza que le dio la divinidad, no pasa inadvertida a los dioses su deserción y sufre el castigo por haber abandonado su trabajo o desempeñar el de su mujer. En mi opinión, también la reina de las abejas está ocupada en actividades parecidas ordenadas por la divinidad<sup>19</sup>. "¿Y cuáles son esas actividades de la reina de las abejas que se parece a las que yo tengo que realizar?" dijo mi mujer. "Que al permancer en la colmena", dije yo "no consiente que las abejas estén ociosas, sino que a las que deben trabajar fuera las despacha a su trabajo, toma nota y recibe lo que cada una trae, y lo conserva hasta que haya que utilizarlo. Cuando llega ese momento, reparte a cada una lo justo. Vigila también la fabricación de las celdillas en el interior de la colmena para que se hagan con esmero y rapidez, y cuida de que se crie a los retoños recién nacidos. Una vez que se han criado y las abejitas ya son capaces de trabajar, las manda a fundar una colonia, con una reina al frente de las crías". "Y en ese caso", dijo la mujer, "¿también yo tendré que obrar así?". "Tú", dije yo, "tendrás que estar dentro de casa, despachar afuera a los esclavos cuyo trabajo esté en el exterior, vigilar a los que tienen que trabajar dentro, recibir las mercancías que entren, repartir lo que haya que gastar y prever y cuidar que el presupuesto aprobado para un año no se gaste en un mes. Y cuando te traigan lana, tienes que preocuparte de que se hagan

<sup>19</sup> *Ciróp.* V 1, 24.

vestidos a los que los necesiten, también tienes que procurar que el grano seco se conserve para que se pueda comer bien. Tal vez una de las cosas que te incumben te parecerá poco grata: que si se pone enfermo uno de los esclavos, tienes que procurar por todos los medios que se cure".

"¡Por Zeus!", respondió mi mujer, "será para mi muy agradable si los que van a ser bien atendidos me están agradecidos y me miran con mayor benevolencia que antes".

38 Entonces yo, dijo Iscómaco, maravillado por su respuesta, exclamé: "¿Es acaso debido a una generosidad parecida de la reina de la colmena por lo que las abejas están tan bien dispuestas hacia ella que, cuando abandona el enjambre, ninguna piensa que debe dejarla, sino que todas la siguen?". Mi mujer me respondió: "Mucho me sorprendería que no te correspondieran a ti más que a mí las funciones de jefe, pues mi vigilancia y mi administración de los asuntos domésticos parecerían ridículos, en mi opinión, si 40 tú no te cuidarás de aportar algo de fuera". "Y a su vez", contesté, "mi aportación sería ridícula si no hubiera quien conservara lo que se almacena dentro; ¿no te das cuenta cómo son dignos de compasión los que, según se dice, acarrean agua a un tonel agujereado?", porque dan la impresión de trabajar inútilmente?". "¡Sí, por Zeus!", replicó mi mujer, "en efecto son unos desdichados si hacen eso".

41 "En cambio, otras actividades de tu incumbencia te resultarán más agradables: por ejemplo, cuando te hagas cargo de una esclava que no sepa hilar, la instruyas y dobles el valor que tiene para ti; o cuando te encargues de otra que no sepa administrar ni servir y la conviertas en una criada

<sup>30</sup> Cita muy frecuente en la literatura griega: PLATÓN, *Gorg.* 493b-c, *Rep.* 363d, *Axióco* 371c, ARIST., *Pol.* 1320a32, *TEOPRASTO, Charact.* XX 9, LUCIANO, *Dial. muert.* 11, 4, *Hermótimo* 61, *Timón* 18.

capaz, leal y eficiente, de un valor inapreciable; o cuando puedas recompensar a los servidores buenos y provechosos para tu hacienda y castigar, en cambio, a los que resulten malos. Y lo más agradable de todo, que demuestres ser mejor que yo, que me conviertas en tu servidor y, en vez de temer que con el transcurso de tiempo puedas recibir menos consideración en la casa, confíes, por el contrario, en que, a medida que vayas envejeciendo, cuanto mejor consorte resultes para mí y mejor guardiana de la hacienda, tanto mayor aprecio tendrás en la casa. Porque no es 43 gracias a la hermosura como florecen la bondad y la felicidad, sino con la práctica cotidiana de las virtudes". Algo así es lo que yo recuerdo, Sócrates, de nuestra primera conversación».

«¿Acaso te diste cuenta, Iscómaco», le pregunté VIII yo, «si tus palabras estimularon su interés?». «Sí, ¡por Zeus!», me contestó Iscómaco, «y sé que se disgustó y se ruborizó mucho porque, al pedirle yo algo de lo que había almacenado, no pudo dárme lo. Entonces yo, al verla afligida, le dije: "No te desanimes, mujer, porque no hayas podido darme lo que te pido; sin duda es un detalle de pobreza no poder disponer de algo que se necesita, pero esta carencia es menos dolorosa, la de no poder conseguir lo que se busca, que la de no poder buscar siquiera, sabiendo que no se tiene. Por otra parte, dije yo, no tienes tú la culpa de esto, sino yo, porque lo puse en tus manos sin señalar previamente los lugares donde debías colocar cada cosa, para que supieras dónde debías ponerlas y de dónde tomarlas. Nada hay más útil, mujer, ni tan hermoso para 3 los hombres como el orden. Así, un coro está compuesto de una serie de personas, pero cuando cada uno actúa a su aire, resulta simple confusión y no es agradable verlos,



mientras que cuando actúan y cantan disciplinadamente, las mismas personas dan la impresión de un espectáculo digno de verse y de oírse. Así, también un ejército, querida, si está desordenado es una masa confusa, la presa más fácil para el enemigo y el más amargo espectáculo para los amigos, algo completamente inútil, asnos, tropas, bagajeros, infantería ligera, jinetes, carros, todo revuelto <sup>21</sup>. ¿Cómo podrían marchar en esas condiciones? Se estorbarán unos a otros, el que anda al que corre, el que corre al que está parado, el carro al jinete, el asno al carro, el bagajero al soldado. Y si tienen que entablar combate, ¿cómo podrían combatir en tal situación? Porque los que tienen que retirarse cuando ataca el enemigo, son capaces de arrollar en su repliegue a la infantería pesada. En cambio, un ejército en orden es el espectáculo más bello para los amigos y el más desagradable para los enemigos. ¿Qué amigo, en efecto, no vería con placer un numeroso grupo de tropas avanzando en formación, o quién no se admiraría ante una carga de caballería por escuadrones, o qué enemigo no se asustaría al ver a la infantería, caballería, tropas ligeras, arqueros y honderos formados en filas cerradas y siguiendo a sus oficiales en perfecta disciplina? Cuando marchan en orden, aunque sean muchas decenas de millares, se mueven todos tranquilamente como un solo hombre, pues los de detrás avanzan sin interrupción hacia el hueco que va quedando delante. Y los barcos de guerra, repletos de gente, ¿por qué otro motivo son temibles para el enemigo y un espectáculo digno de admiración para los amigos, sino porque navegan con rapidez? ¿Y por qué otro motivo no se molestan unos a otros los que van a bordo sino porque están sentados en orden, halan y bogan en

<sup>21</sup> *Ciróp.* VI 3, 25, *Rec.* III 1, 7.

orden, y en orden embarcan y desembarcan? El desorden, en mi opinión, es lo mismo que si, por ejemplo, un granjero amontonara juntos cebada, trigo y legumbres, y luego, cada vez que tuviera que hacer una torta, una hogaza de paz o un companaje, tuviera que separarlos en vez de tenerlos ya dispuestos para su uso. Y así, querida, si quieres librarte de esta confusión y saber administrar correctamente los bienes, poder coger fácilmente lo que necesitas y poder usarlo, y, si te pido algo, dármelo gustosa, decidamos que cada cosa tenga un lugar adecuado, pongámosla en su sitio e instruyamos a la sirvienta para que la coja de allí y la ponga de nuevo en su sitio. Así sabremos lo que está en buenas condiciones y lo que no, pues el mismo hueco nos hará echar de menos lo que falta, nuestra mirada revisará lo que necesita cuidado y nos facilitará saber dónde está cada cosa al momento, de modo que no tendremos problemas para utilizarlas". Una vez tuve ocasión de subir a bordo de un gran barco mercante fenicio, Sócrates, y creo que nunca había visto un aparejo tan perfectamente ordenado. Pude ver, en efecto, una enorme cantidad de material distribuido en un continente pequeñísimo. La nave, en efecto, fondea y zarpa gracias a muchos aparejos de madera y de cuerda, navega por medio de muchos artefactos llamados colgantes, está armada con gran número de ingenios contra buques enemigos, transporta además numerosas armas para sus tripulantes y lleva para cada comensalia <sup>22</sup> todos los utensilios que las personas suelen emplear en su casa. Aparte de esto, está repleto de cuantas mercancías lleva el armador para su lucro. Y todo esto que voy diciendo cabía en un espacio no mucho mayor que una habitación

<sup>22</sup> La palabra griega es *syssitia* «comida en común», referida a grupo de marineros.

mediana con capacidad para diez camas<sup>23</sup>. También me di cuenta de que todo estaba colocado de manera que no se estorbaran unas cosas a otras, ni se necesitara esfuerzo para buscarlas, ni estuvieran desordenadas, ni fueran difíciles de desatar hasta el punto que ocasionaran demoras cuando hubiera que utilizarlas rápidamente. Me di cuenta también de que el auxiliar del timonel, que se llama oficial de proa, conocía tan al dedillo el lugar de cada cosa que incluso estando fuera del barco podría decir dónde estaba cada una y cuántas había, lo mismo que el que sabe el alfabeto podría decir cuántas letras tiene la palabra Sócrates y dónde se coloca cada una. Le vi también», dijo Isócrates, «revisando en sus ratos libres todo lo que hay que utilizar en la travesía. Sorprendido al ver su inspección, le pregunté qué hacía. Y él me contestó: "Estoy inspeccionando, extranjero, por si ocurriera algún accidente, en qué estado se encuentran los aparejos del barco, por si falta alguno o si algo plantea problemas de manejo. Porque, cuando la divinidad provoca una tempestad en el mar, no es posible ni buscar lo que se necesita ni entregar lo que no está preparado. La divinidad, en efecto, amenaza y castiga a los descuidados, y te puedes considerar muy afortunado con tal de que no aniquile a los inocentes; si además salva a los que cumplen muy bien, tenemos que estar muy agradecidos". Entonces, yo, al advertir ese orden perfecto de los aparejos del barco, le dije a mi mujer que sería terrible nuestra indolencia si los marineros encuentran espacio en los barcos por pequeños que sean y aunque se vean agitados por un violento oleaje mantienen, sin em-

<sup>23</sup> *Dekáklinos*, literalmente «con espacio para diez camas», pero, al parecer, tales compuestos de *kline* (cama) se empleaban para expresar medidas concretas, en este caso unos 25 metros cuadrados.

bargo, el orden y por aterrorizados que estén encuentran lo que necesitan coger, y en cambio nosotros, a pesar de tener distribuidos grandes arcones en la casa por separado para cada cosa, y aunque la casa está sólidamente asentada en tierra firme, no encontramos un sitio adecuado y a mano para cada objeto. ¿No sería grande nuestra insensatez? Queda dicho lo ventajoso que es tener ordenado el dispositivo de enseres y lo fácil que es encontrar un lugar en la casa para poner donde conviene cada uno. ¡Qué hermoso resulta ver colocados los calzados uno junto a otro, cualquiera que sea su calidad, qué bello espectáculo ver los mantos de todas clases bien colocados por separado, las mantas, los vasos de bronce, los utensilios de la mesa, qué bello incluso lo que más haría reírse no al hombre serio, sino al ingenioso: que hasta las marmitas (según se dice) puestas en buen orden dan sensación de armonía. Todo lo demás en general gana en belleza si está puesto en orden. Porque cada clase de enseres se parece a un coro, y el centro de todos ellos resulta bello, al haber entre cada uno un espacio libre. De la misma manera, el coro cíclico<sup>24</sup> no sólo es un bello espectáculo por sí mismo, sino que también su centro parece bello y diáfano. Si es verdad lo que estoy diciendo, podemos incluso hacer la prueba, sin problemas y con pocas molestias. Además, mujer, también poco debe desanimarte pensar que sea difícil encontrar quién esté dispuesto a aprender el lugar de los objetos y de acordarse luego de volver a poner cada cosa en su sitio. Pues sabemos indudablemente que la ciudad en su conjunto

<sup>24</sup> *Kyklioi* eran los coros que cantaban ditirambos. El nombre puede proceder del lugar donde cantaban, que por ser redondo condicionaba sus evoluciones.

to lo tiene todo en proporción diez mil veces <sup>25</sup> mayor que nosotros, a pesar de lo cual, y cualquiera que sea el criado que se mande a comprar algo en la plaza, ninguno se quedará perplejo, sino que se verá que todos saben dónde tienen que ir para adquirir cada cosa. Y la única razón de ello es que cada cosa está colocada en un sitio determinado.

<sup>23</sup> En cambio, cuando un hombre busca a otro, y a veces incluso siendo buscado por éste, a menudo renuncia a su empeño antes de encontrarlo. Y la causa de esto es, a su vez, no otra cosa sino el no haber acordado previamente dónde debe cada uno de los dos esperar. Ésta es más o menos la conversación que recuerdo que mantuvimos a propósito del orden de los enseres y de la manera de colocarlos».

IX «¿Y cuál fue el resultado?», le pregunté. «¿Te dio la impresión, Iscómaco, de que tu mujer prestaba atención a lo que tú te interesabas en enseñarle?» «¿Cómo no, si no hizo más que prometer que se esforzaría y estaba evidentemente muy alegre, como si hubiera encontrado un medio para salir del apuro, y me pedía que cuanto antes dispusiera las cosas como yo decía?» «¿Y cómo las dispusiste, Iscómaco?», le pregunté. «¿Cómo? Lo primero que decidí fue enseñarle las posibilidades de la casa. Porque, después de luego, tiene pocos elementos decorativos, Sócrates, pero las habitaciones están construidas con el objeto de ser los receptáculos lo más adecuados posible para lo que van a contener, hasta el punto que ellos mismos invitan a poner lo que conviene en cada uno. En efecto, el dormitorio, por lo seguro de su situación acoge las colchas y enseres de más valor; los cuartos secos de la casa, el trigo; los

<sup>25</sup> Nueva alusión a las diez mil casas de Atenas, aludidas ya en *Recuerdos*.

frescos, el vino; los luminosos, los trabajos y vajillas que necesitan luz. A continuación le fui enseñando los cuartos <sup>4</sup> de estar para la familia, muy decorados, que son frescos en verano y cálidos en invierno <sup>5</sup>. Y le expliqué cómo toda la casa está orientada al mediodía, de manera que es evidente que está soleada en invierno y tiene buena sombra en verano. Le mostré también el alojamiento de las mujeres, separado por una puerta con cerrojo del de los hombres, para evitar que se saque algo de dentro que no convenga ni puedan procrear hijos los esclavos sin nuestro consentimiento. Porque, en general, cuando tienen hijos, los buenos son bastantes leales hacia la familia, pero al procrear los malos, resultan más propensos a hacer daño. Una vez que revisamos esta parte, distribuimos ya por separado el menaje. Empezamos reuniendo lo que necesitamos en los sacrificios; después separamos las galas festivas de las mujeres, las ropas de los hombres para las fiestas y la guerra, las colchas del aposento femenino, las del masculino, los calzados femeninos y los calzados masculinos. Había un grupo con las armas, otro con los útiles <sup>7</sup> de tejer, otro con los de hacer pan, otro con los de cocinar, otro con los de asear, otro con los de amasar, otro con los utensilios para la mesa. Y también pusimos por separado lo que se usa a diario y lo que se reserva para las galas. Igualmente pusimos aparte lo que se consume <sup>8</sup> cada mes y lo que se calcula para el año; así pasa menos desapercibido cómo se gasta al final. Cuando ya tuvimos separados todos los enseres por grupos, llevamos cada uno al lugar conveniente <sup>9</sup>. A continuación los entregamos a

<sup>26</sup> Rec. III 8, 9.

<sup>27</sup> Como no se usaban los armarios, probablemente guardaban la ropa en arcones. Ya en Homero se habla del *chéllos* (II 221), como el que

los esclavos, y les ordenamos conservarlos en buen uso, los enseres que suelen emplear a diario, como, por ejemplo, los de hacer el pan, los de cocinar, los de hilar y otros parecidos, después de enseñar a sus usuarios dónde tenían que colocarlos. En cambio, los útiles que solemos emplear en fiestas, agasajos o actividades esporádicas, se los entregamos al ama de llaves y, después de indicarle su sitio, haber hecho el recuento e inventariado uno a uno, le dijimos que entregara cada uno a quien lo necesitara, que se acordase de lo que le daba a cada uno y que en cuanto se los devolvieran los volviera a poner en el sitio de donde los había cogido. Al ama de llaves la nombramos después de haber examinado con detenimiento qué esclava nos parecía más moderada en la comida, en la bebida, en el sueño y en el trato con los hombres<sup>25</sup>; que además nos pareció tener mejor memoria, ser más cuidadosa en evitar nuestro castigo por faltar a sus deberes y más celosa en darnos gusto, para sentirnos también nosotros obligados hacia ella. La enseñamos también a ser afectuosa con nosotros, comparando con ella nuestras alegrías cuando las teníamos e invitándola a participar de nuestras penas si las había. También la educamos para que se interesara en aumentar la hacienda, haciéndola colaboradora en las decisiones y participando en los éxitos. También le inculcamos la justicia, dando mayor estima a los justos que a los malvados y explicándole que los primeros viven con mayor riqueza y mayor libertad que los segundos. En ese puesto la colocamos.

Arrete, reina de los feacios, regala a Ulises. Se cerraba con cuerdas (*dés-moi*). Una variante es el *lárnax* (Σ 413), donde Hefesto pone sus útiles; otra, la *kypselé*, muy grande (Hdt., V 92, Aristóteles, *Paz* 631), y había otras.

<sup>25</sup> Rec. I 5, 1, *Cirrop.* I 6, 8.

A continuación, Sócrates, le dije a mi esposa que de nada serviría todo ello si no se preocupaba personalmente de que hubiera orden en todo. Le hice ver que también en las ciudades bien gobernadas los ciudadanos creen que no es suficiente con decretar buenas leyes, sino que además eligen guardianes de las leyes para observar quién las cumple y alabarle, y quién las infringe, para castigarle. Entonces encargué a mi mujer que se considerase ella misma como la guardiana de las leyes del hogar, para pasar revista, cuando lo creyera conveniente, a los enseres, como el oficial de guardia pasa revista a los centinelas; para examinar si todo estaba en buenas condiciones, lo mismo que el Consejo examina a los caballos y jinetes<sup>26</sup>, para recomendar con elogios y honores, como si fuera una reina, a quien lo mereciera, en la medida de sus posibilidades, y reprender y castigar a quien se hiciera acreedor a ello. Le enseñé además que no debía molestarle si le asignaba obligaciones mayores que a los esclavos en lo referente a los bienes, haciéndole ver que los esclavos participan de los bienes de los amos en tanto los manejan, los cuidan o los guardan, pero no pueden utilizarlos si el propietario no se lo permite; todo, en cambio, es del amo para utilizarlo como quiera. Porque, le explicaba, quien más gana si los bienes se conservan y más pierde si los bienes se destruyen es él, a quien más conviene cuidarlos de la mejor manera posible». «Entonces, Iscómaco», le pregunté, «¿te hizo caso tu mujer al oír estas observaciones?». «¿Qué otra cosa hizo sino decirme que estaba equivocado si creía que le daba una orden pesada al instruirla para que se cuidara de nuestro patrimonio? "Más duro sería que me ordenaras

<sup>26</sup> Este examen de caballos y jinetes (*hippôn kai hippéôn dokimasia*) también lo cita ARISTÓTELES, *Const. atenienses* 49, y LISTAS, XIV 8.

desentenderme de mis obligaciones", aseguró, "que no la necesidad de atender a los bienes de la casa. Porque parece que es ley natural que, de la misma manera que corresponde a la mujer sensata cuidar de sus hijos más que abandonarlos, así también considera más placentero cuidarse de los bienes, que por ser propios nos alegran, que desentenderse de ellos".

X Y yo, al oír que tal había sido la respuesta de su mujer, dijo Sócrates, exclamé: «¡Por Hera!, Iscómaco, me estás dando a conocer una mentalidad viril en tu mujer<sup>30</sup>». «Pues quiero contarte como prueba de su gran generosidad», dijo Iscómaco, «otros casos en los que me obedeció al punto, nada más haberme escuchado». «¿Cuáles?», pregunté. «Dimelo, que me gusta más conocer la virtud de una mujer de carne y hueso que si Zeuxis me mostrara el retrato pintado de una mujer hermosa<sup>31</sup>». Entonces replicó Iscómaco: «Pues bien, al verla en una ocasión, Sócrates, maquillada con una gran cantidad de albayalde, para parecer más blanca de lo que era con mucho colorate para parecer más sonrosada que la realidad y calzada con altos chapines para aparentar mayor estatura que la que tenía por naturaleza<sup>32</sup>. le pregunté: "Dime, mujer, ¿cómo

<sup>30</sup> Es el mejor ejemplo a una mujer en una sociedad totalmente machista. Varonil es también la Lisistrata de ARISTÓFANES, *Lis.* 1108; OVIDIO, *Met.* XIII 451 y sig., se admira del temple masculino de Lucrecia («plus quam femina virgo»); ESQUILO, *Ag.* 958, dice que Clitemestra tiene ánimo viril, pero dicho como censura.

<sup>31</sup> Alusión al realismo de la pintura de Zeuxis, famoso sobre todo por un fresco que representaba a Helena en el templo de Hera en Croton. A ella puede aludir Jenofonte en este pasaje, aunque el retrato femenino en general era la especialidad de Zeuxis.

<sup>32</sup> Estaba muy extendido el uso de cosméticos; sólo en caso de luto estaba mal visto lo de empolvarse y pintarse. Tampoco se usaban los

me juzgarías más digno de confianza como consocio de nuestros bienes, si te mostrara el dinero que tenemos en realidad, sin presumir de tener más de lo que tengo ni ocultarte nada en absoluto, o si intentara engañarte diciéndote que tengo más y te timara mostrándote moneda falsa y diciéndote que unas gargantillas de madera pintada y unos vestidos de púrpura barata eran auténticos?" Y ella al punto 4 me interrumpió diciendo: "¡Calla! ¡Ojalá no seas nunca así!, porque si fueras de tal ralea no podría quererte de corazón". "¿Y no nos casamos, mujer", dije yo, "pensando en ser partícipes mutuamente de nuestros cuerpos?". "Al menos eso es lo que dice la gente", respondió. "Entonces, ¿cómo te parecería ser más digno partícipe del cuerpo", continué, "si tratara de mostrarte mi cuerpo procurando que estuviera fuerte y sano y que por ello tuviera buen color real, o si me presentara ante ti maquillado con bermellón, con los ojos pintados de pigmento, y te abrazara engañándote al ofrecerte un aspecto y un contacto de bermellón en vez del de mi propia piel?". "En cuanto a mí", dijo 6 ella, "ni acariciaría más a gusto el bermellón que tu piel ni vería con más agrado el color del maquillaje que el tuyo propio, ni vería con mayor placer tus ojos pintados que tus ojos sanos". «Entonces piensa, mujer», continuó Iscó- 7 maco, «que tampoco yo disfruto con el color del albayalde ni del colorate más que con el tuyo, sino que, de la misma manera que los dioses dispusieron que lo más placentero para los caballos sean los caballos, para los bueyes el buey

afeites para asistir a los misterios. No sólo las mujeres, sino que hombres afeinados, como Demetrio Poliorceta, se teñían de rubio el caballo y se pringaban la cara con cremas. Antes de los Padres de la Iglesia, Jenofonte es el primer defensor de la belleza natural.

En cuanto a la estatura, los griegos la consideraban fundamental para su idea de la belleza. El calzado con suplementos era por ello muy frecuente.

y para las ovejas la oveja, así, también los hombres piensan que lo más placentero es el cuerpo puro del hombre.

- 8 Esos engaños podrían embaucar a los extraños sin posibilidad de refutación, pero si intentan engañarse mutuamente los que conviven de manera continua, es preciso que sean descubiertos. Porque o se delatan al levantarse de la cama, antes de acicalarse, o los denuncia el sudor, o los ponen en evidencia las lágrimas, o el baño los pone por completo al descubierto». «¿Y cuál fue, por los dioses, su respuesta?» pregunté. «¿Qué otra podía ser sino renunciar en lo sucesivo a tales prácticas para siempre y tratar de mostrarse limpia y discreta? También me preguntó si yo podría aconsejarla para ser hermosa en realidad y no sólo parecerlo. Entonces yo, Sócrates, le aconsejé que no estuviera siempre sentada como una esclava, sino que procurara con la ayuda de los dioses atender el telar como una señora, para enseñar lo que supiera mejor que otras y aprender lo que peor supiera, vigilar a la panadera, presenciar los repartos del ama de llaves, comprobar, recorriendo la casa, si todo estaba donde tenía que estar. Ésta me parecía que era al mismo tiempo su ocupación y su paseo. También le dije que era un buen ejercicio físico humedecer y amasar la harina, sacudir y plegar los vestidos y las mantas. Le dije que con estos ejercicios comería más a gusto, gozaría de mejor salud y más aparentaría buen color natural.
- 12 También el aspecto del ama cuando deja deslucido el de las criadas, por ser más lozano y vestir de una manera más recatada, es estimulante, sobre todo cuando atiende de buen grado, en vez de servir a la fuerza como las esclavas. Las mujeres que están siempre sentadas con afectación, ellas mismas se prestan a ser juzgadas entre las engañadas y engañosas. Ahora, Sócrates, puedes estar seguro de que mi mujer está preparada para seguir el sistema de

vida que yo le enseñé y tal como ahora te he estado contando».

Entonces dije yo: «Iscómaco, en lo que se refiere a las xi ocupaciones de tu mujer creo que ya he oído por el momento lo suficiente, y todo muy elogioso para vosotros. Pero ahora dedícate ya a hablarme de tu propia actividad, para que también tú disfrutes exponiéndome las razones de tu buena reputación y yo te quede muy agradecido por haber oído un relato completo de las ocupaciones de un hombre de bien y habérmelas aprendido hasta donde yo sea capaz». «Pues, ¡por Zeus!», exclamó Iscómaco, «con 2 mucho gusto te explicaré mis actividades diarias, Sócrates, para que puedas corregirme si crees que hay algo incorrecto en mi conducta». «¡Pero bueno!», exclamé, «¿cómo podría corregir a un perfecto hombre de bien un hombre como yo, que tiene fama de ser charlatán, de estar en las nubes<sup>33</sup>, y la acusación que me parece la más absurda de todas, la de ser un hombre pobre? Te aseguro, Iscómaco, 4 que me habría sentido muy desmoralizado por esta acusación si al encontrarme recientemente con el caballo de Nicias el forastero<sup>34</sup> no hubiera visto que le seguía una gran cantidad de curiosos ni hubiera oído los muchos comentarios que hacían sobre él. De modo que me acerqué al mozo de cuadra y le pregunté si el caballo tenía mucho dinero. Él me miró de arriba abajo como si no estuviera bien 5 de la cabeza al hacer esa pregunta y me respondió: “¿Cómo podría tener dinero un caballo?”. Entonces yo me sentí muy aliviado al escuchar que incluso a un caballo pobre

<sup>33</sup> Cf. ARISTÓFANES, *Nubes* 225 y 1480.

<sup>34</sup> Si el texto es correcto, no puede tratarse del muy conocido Nicias el general.

se le permite ser bueno con tal de tener un alma noble.

6 Por ello, en la idea de que también a mí se me permite llegar a ser un hombre de bien, cuéntame en detalle tus ocupaciones, para que, en la medida de mis posibilidades, oyéndote pueda aprender, y procure a partir de mañana seguir tu ejemplo. Porque es un día propicio<sup>35</sup> para empezar un curso de virtud». «Estás bromeando, Sócrates», respondió Iscómaco. «Sin embargo, te voy a contar la conducta que, en la medida de mis fuerzas, procuro mantener, a lo largo de mi vida. Como creo que me he dado cuenta de que los dioses no permiten a los hombres alcanzar la felicidad si ignoran lo que tienen que hacer o se desprecupan de la manera de llevarlo a cabo, y que incluso a los sabios y sensatos les conceden a unos ser felices y a otros no, actuando en consecuencia empiezo por venerar a los dioses, procurando conducirme de tal manera que gracias a mis plegarias alcance la salud y la fuerza física, la estimación de la ciudad, el afecto de mis amigos, la salvación honorable en la guerra y el incremento lícito de mis riquezas». Yo, al oír estas palabras, le dije: «¿Te preocupas entonces, Iscómaco, de ser rico, tener muchas riquezas, con lo que ello implica de crearte muchos quebraderos de cabeza al tener que preocuparte de ello?». «Y mucho es lo que me preocupo por eso que me preguntas», respondió Iscómaco, «porque me parece agradable honrar a los dioses con generosidad, ayudar a los amigos si lo necesitan y contribuir también a que la ciudad no carezca de galas por falta de dinero en lo que de mí dependa». «Es muy hermoso lo que estás diciendo, Iscómaco», le respondí, «y muy propio de una persona enormemente poderosa. ¿CÓ-

<sup>35</sup> Según las fases de la luna u otros presagios, el día era propicio o desfavorable. Cf. los consejos de Hesiodo, *Trabajos y días*, al final.

mo no va a serlo cuando hay muchas personas que no pueden vivir sin pedir ayuda a los demás y otras muchas que se dan por satisfechas si pueden satisfacer sus necesidades? En cambio, a los que disponen de medios no sólo para mantener su propia casa, sino que incluso les sobra para engalanar la ciudad y remediar a sus amigos, ¿cómo no se les va a considerar hombres ricos y poderosos? Sin embargo», añadió, «el elogio de tales ciudadanos es algo que podemos hacer muchos de nosotros. Pero, volviendo al punto de partida, Iscómaco, dime, ¿cómo cuidas tu salud?, ¿cómo te preocupas de tu fortaleza física?, ¿cómo consigues salir honrosamente de la guerra? En cuanto a la manera de hacer dinero, me conformaré con oírlo en último lugar». «Todo eso, Sócrates, en mi opinión», dijo Iscómaco, «está relacionado entre sí. Porque el que tiene lo suficiente para comer conserva mejor, creo yo, la salud haciendo un correcto ejercicio<sup>36</sup>; si aumenta el ejercicio, se añade el vigor físico; si se entrena para la guerra, sale mejor librado de ella, y si atiende correctamente su hacienda y no se ablanda, es más lógico que la acreciente». «Hasta aquí te sigo, Iscómaco», dije, «en lo que afirmas: que el hombre que se esfuerza, que atiende a sus negocios y se ejercita tiene mayores posibilidades de conseguir la prosperidad, pero ¿qué entrenamiento utilizas para alcanzar el bienestar físico y la fuerza?, ¿cómo te ejercitas en las artes de la guerra?, ¿cómo te las arreglas para tener dinero de más para ayudar a los amigos y fortalecer la ciudad? Me gustaría que me informaras sobre ello». «Pues bien, Sócrates», respondió Iscómaco, «suelo levantarme de la cama a una hora en que, si tuviera necesidad de visitar a alguien, podría encontrarle todavía en su casa. Y si tengo 15

<sup>36</sup> *Ciróp.* I 2, 10.

que hacer alguna gestión en la ciudad, el ocuparme de ella me sirve de paseo<sup>37</sup>. En caso de no haber nada urgente en la ciudad, el esclavo lleva mi caballo a la finca, y mi viaje al campo me sirve de paseo, tal vez mejor, Sócrates, que si me paseara por el pórtico cubierto del gimnasio.

16 Una vez que llego al campo, ya estén plantando, ya barbeando, sembrando o almacenando la cosecha, vigilo cómo hacen cada una de las faenas y les corrijo si conozco algún método mejor que el que emplean. A continuación, por lo general monto a caballo y practico ejercicios hipicos lo más parecidos posible a los que es preciso hacer en la guerra, sin evitar ni la marcha en orden oblicuo, ni en pendiente, foso o canal, pero cuidando, en la medida que lo permite esa monta, de no lisiar al caballo. Una vez que termina este entrenamiento, después de dejar el esclavo que el caballo se revuelque en el polvo<sup>38</sup>, lo conduce a casa, y al mismo tiempo trae del campo lo que podamos necesitar en la ciudad. Yo vuelvo a casa unas veces andando, otras corriendo, y al llegar me froto con la estrigila. A continuación almuerzo, Sócrates, lo justo para no tener todo el día el estómago ni vacío ni demasiado lleno».

19 «¡Por Hera!, Iscómaco», le dije, «me gustan tus actividades, pues me parece que es digno de admiración ser capaz de alternar al mismo tiempo los ejercicios que procuran salud y fuerza física con los que adiestran para la guerra y las gestiones para ganar dinero. Y además presentas pruebas convincentes de que atiendes con eficacia cada uno de

<sup>37</sup> El paseo está incluido entre las doctrinas médicas de su tiempo. Cf. PLATÓN, *Fedro* 227a, ARISTÓF., *Reñas* 942. También Augusto lo practicaba (SUET., *Aug.* 83).

<sup>38</sup> El lugar para ello se llamaba *alindéthra*, *kalístra* (JEN., *Eq.* V 3) o *kalindéthra* (ELLANO, N. A. III 2).

esos aspectos, ya que en términos generales te vemos, gracias a los dioses, disfrutando de salud y vigoroso, y sabemos que estás considerado entre los mejores jinetes y entre los ciudadanos más ricos». «Pues bien, aun obrando así, 21 Sócrates, son muchos los que me agobian con calumnias, aunque tú a lo mejor estabas esperando que yo dijera que muchos me llaman hombre de bien». «Lo que si te iba 22 a preguntar, Iscómaco», le dije, «era si también te cuidas para estar en condiciones de defenderte y demandar a alguien si te encuentras en el caso de tener que hacerlo». «¿Y no te parece, Sócrates, que es eso mismo lo que me paso la vida practicando, mi defensa<sup>39</sup>, puesto que no hago daño a nadie, y hago el bien que puedo a muchos? ¿Y no crees que me ejercito en acusar a la gente cuando veo que algunas personas hacen daño en privado a muchos y al Estado y no hacen el bien a nadie?». «¿Y también te 23 ejercitas en expresar tu opinión sobre estos temas?», le pregunté. «Aclárame también este punto, Iscómaco». «Pues bien, Sócrates, nunca dejo de ejercitarme en la oratoria. Porque o bien escucho la defensa o la acusación de un esclavo e intento someterla a prueba, o bien censuro o alabo a alguien ante los amigos, o intento reconciliar a personas conocidas tratando de hacerles ver que les conviene más ser amigos que enemigos... Criticamos a alguien en presencia de un general, o defendemos a alguien víctima de una acusación injusta, o acusamos entre nosotros a quien recibe honores indebidos. A menudo también celebramos consejo elogiando los planes que debemos realizar y censuramos los que no queremos llevar a cabo. De hecho, Sócrates, 25 yo me he visto juzgado antes de ahora, y condenado a un castigo o una multa». «¿Por quién, Iscómaco?», pre-



gunté. «Porque esto no lo sabía». «Por mi mujer», respondió. «¿Y cómo defiendes tu pleito?», pregunté. «Cuando conviene decir la verdad, muy bien. Cuando, por el contrario, hay que decir mentiras, Sócrates, soy incapaz, ¡por Zeus!, de presentar como fuerte el argumento más débil»<sup>40</sup>. Entonces le dije: «a lo mejor, Iscómaco, es que no eres capaz de convertir la mentira en verdad».

XII «Pero temo que te estoy reteniendo, Iscómaco», dije, «y que tú estás deseando marcharte». «De ningún modo, Sócrates, ¡por Zeus!», contestó, «pues no pienso irme hasta 2 que el mercado esté completamente vacío». «¡Por Zeus!», exclamé, «muchas precauciones tomas para no perder el derecho al apelativo de hombre de bien. Por ello, ahora, aunque tal vez te reclamen muchas obligaciones, como te citaste con los extranjeros, los esperas para no faltar a tu palabra». «Pero tampoco me desentiendo, Sócrates, de las obligaciones a que te refieres, pues tengo capataces en la 3 finca». «Y cuando necesitas un capataz», le pregunté, «¿averiguas si hay en alguna parte alguien que sea capaz y procura comprarlo, como cuando necesitas un carpintero estoy seguro de que reconsideras si viste en alguna parte alguien con esa capacidad e intentas adquirirlo, o tú mismo procuras instruir a tus capataces?». «¡Por Zeus!, Sócrates, yo mismo intento instruirlos», dijo. «Porque el hombre que deba bastarse para cuidar de la finca en mi lugar cuando yo esté ausente, ¿qué otra cosa necesita saber sino lo mismo que yo conozco? Y si efectivamente yo soy capaz de dirigir las faenas, sin duda podría también enseñar a 5 otro lo que yo mismo sé». «Entonces», dije yo, «tendrá que ser ante todo leal a ti y a los tuyos, si va a representar-

<sup>40</sup> Este era el lema de los sofistas.

te en tu ausencia. Porque sin lealtad ¿de qué sirven los conocimientos del capataz, cualesquiera que sean?». «De nada, ¡por Zeus!», dijo Iscómaco, «y precisamente por eso intento formarlo anto todo en la lealtad hacia mí y los míos». «¿Y cómo formas, ¡por los dioses!», dije yo, «a quien quieres que tenga lealtad hacia ti y los tuyos?». «Sientod generoso, ¡por Zeus!», contestó Iscómaco, «cada vez que los dioses nos conceden algún bien en abundancia». «¿Quiéres decir con eso», dije, «que quienes disfrutan de tus bienes se hacen leales a ti y desean tu prosperidad?». «Sí, Sócrates, porque veo que éste es el mejor instrumento para conseguir su lealtad». «Y una vez que se ha hecho leal a ti, Iscómaco», le dije, «¿será por ello un capataz competente? ¿No te das cuenta de que casi todos los hombres, por así decirlo, son leales a sí mismos y, sin embargo, muchos de ellos no están dispuestos a molestarse para tener los bienes que desean?». «¡Por Zeus!», dijo Iscómaco, «es que cuando quiero nombrar capataces a tales personas también les enseño a ser diligentes». «¿Cómo, por los dioses?»<sup>10</sup> dije, «porque yo estaba totalmente convencido de que no se podía enseñar a ser diligente». «Tampoco es posible, Sócrates», respondió, «enseñar a todos uno tras otro a ser diligentes». «En ese caso», dije yo, «¿a quiénes se puede enseñar? Indicámelos claramente». «En primer lugar, Sócrates», dijo, «no podrías hacer diligentes a los alcohólicos, pues la embriaguez ocasiona el olvido de todas las obligaciones». «Entonces», pregunté yo, «¿únicamente los dominados por la bebida son incapaces de ser diligentes, o también hay otros?». «Sí, ¡por Zeus!», respondió Iscómaco, «también los que se dejan dominar por el sueño, porque dormidos no podrían cumplir personalmente sus obligaciones ni proponer a otros para que las cumplieran». «Bien, entonces», dije yo, «¿únicamente éstos serán inca- 13

paces de ser instruidos en esta diligencia, o hay otros además de éstos?». «En mi opinión», dijo Iscómaco, «los que están locamente apasionados por los placeres amorosos tampoco pueden asimilar otro cuidado que el de su amor. 14 No es fácil, en efecto, que encuentren esperanza u ocupación más placentera que la de sus amores, ni tampoco es fácil encontrar, cuando abandonan lo que tienen que hacer, un castigo más duro que la separación de sus enamorados. Por ello renuncio a intentar siquiera formar capacidades con individuos de esta clase». «¿Y qué ocurre», le dije, «con los que tienen pasión por el lucro?, ¿también éstos son incapaces de aprender el cuidado de las faenas agrícolas?». «No, ¡por Zeus!», contestó Iscómaco, «de ningún modo, sino que incluso es muy fácil educarlos en esta tarea. No hay que hacer otra cosa que mostrarles que su 16 diligencia es lucrativa». «En cuanto a los demás», dije, «si son capaces de dominar las pasiones que tú condenas y son codiciosos de una manera discreta, ¿cómo les instruyes para ser diligentes en lo que tú deseas?». «De una manera muy sencilla, Sócrates», respondió. «Cuando veo que son diligentes, les alabo y procuro concederles honores, pero cuando veo que se descuidan trato de decirles y de hacerles 17 cosas que les duelan». «¡Ea!, Iscómaco», dije, «deja de momento a un lado el tema de los que son educados en la diligencia y hálame del sistema educativo en sí; ¿Se puede hacer a los demás diligentes siendo uno mismo indolente?». «No, ¡por Zeus!», respondió Iscómaco, «lo mismo que una persona que no sepa música no puede enseñar música a otros. Porque es difícil que se pueda aprender a hacer bien lo que el maestro enseña mal, y si el amo 18 enseña a ser indolente es difícil que el criado resulte diligente. Para decirlo en pocas palabras, creo que no he encontrado esclavos buenos en manos de un amo malo; en

cambio, si he visto esclavos malos de un amo bueno, pero al menos no quedaban impunes. Quien quiera formar hombres diligentes debe supervisar y examinar las tareas, estar dispuesto a recompensar al responsable de una labor bien hecha y no vacilar en imponer el justo castigo al indolente. 20 Me parece que está muy bien, dijo Iscómaco, la respuesta que se atribuye al bárbaro cuando el Gran Rey se encontró con un buen caballo, quiso engordarlo en el más breve plazo posible y le preguntó a uno que tenía fama de entendidado en caballos qué es lo que más rápidamente engorda al caballo. Se dice que el otro respondió: 'el ojo de su amo' 21. De la misma manera, Sócrates, me parece que en general es el ojo del amo lo que consigue los mejores resultados».

«Una vez que hayas inculcado en una persona con la 22 mayor firmeza la idea de que debe atender a las obligaciones que tú le asignes», dije, «¿será ya capaz esa persona de actuar como capataz, o tendrá que aprender más cosas si se dispone a ser eficiente?». «Sí, ¡por Zeus!, respondió Iscómaco, «todavía le queda por conocer lo que tiene que hacer, cuándo y cómo, porque de no ser así, ¿cómo podría ser un capataz de mayor provecho que un médico que atendiera a un enfermo mañana y tarde, pero no supiera cómo conviene tratar a su paciente?». «Y si llega a aprender cómo 23 mo deben hacerse las faenas, ¿todavía necesitará algo, o será ya ése un perfecto capataz?», pregunté. «En mi opinión», dije, «debe aprender a mandar a los trabajadores». «Entonces», dije, «¿tú enseñas también a los capataces a 4

<sup>21</sup> Sobre el conocido proverbio de que «el ojo del amo engorda al caballo», cf. ARIST., *Ec.* II 6, 1345a; CATÓN, *de r. r.* IV; COLUMELA, I 18, III 21, 4; PLUT., *de lib. ed.* 9D.

saber mandar?». «Al menos lo intento», dijo Iscómaco. «¿Y cómo, por los dioses», le pregunté, «les enseñas a tener dotes para el mando?». «De una manera muy pueril, Sócrates», respondió, «hasta el punto que a lo mejor te reírías de mí si lo oyeras». «Pues la cosa no es como para tomarla a broma, Iscómaco», dije. «Porque quien es capaz de formar personas con dotes de mando, es evidente que puede formar también hombres capaces de ser amos, y quien puede formar amos, también puede formar hombres que sepan ser reyes, de manera que no me parece digna de risa sino de grandes elogios una persona capaz de conseguir tal cosa». «Pues bien, Sócrates», respondió, «los animales en general aprenden a obedecer por dos procedimientos: recibiendo un castigo cuando intentan desobedecer, y siendo premiados con buen trato cuando atienden de buen grado. Por ejemplo, los potros aprenden a obedecer a los domadores porque cada vez que se muestran dóciles reciben alguna golosina, pero cuando se desmandan tienen problemas, hasta que se someten a la voluntad del domador. También los perrillos<sup>42</sup>, que son muy inferiores al hombre en cuanto a inteligencia y lengua, sin embargo, aprenden a correr en círculo, a dar vueltas de campana y otras muchas mañas por el mismo procedimiento: cuando obedecen consiguen algo que desean, pero cuando desobedecen reciben un castigo. A los hombres se les puede hacer más dóciles incluso con la palabra, haciéndoles ver que les conviene obedecer. En cuanto a los esclavos, también

<sup>42</sup> No se encuentran referencias a perrillos acróbatas. Si había perrillos de Malta para distracción (ESTRABÓN, VI 277, ELIANO, N. A. VII 25, 40, XVI 6), por los que sus amos llegaban a sentir verdadera pasión, hasta el punto de dedicarles estelas cuando morían (TEOF., *Caract.* XXI 9), pero nada indica que estos perrillos hicieran cabriolas. Cf. APULEYO, *Met.* X 17 y sigs.

es para ellos muy adecuada la educación que parece propia de animales para enseñarles a obedecer. Halagando, en efecto, los apetitos de su estómago podrías conseguir muchas cosas de ellos. En cambio, a los de naturaleza ambiciosa les estimulan las alabanzas, pues algunas naturalezas sienten tanta hambre de elogio como otras de comida y de bebida. Estos procedimientos, que yo mismo empleo porque creo<sup>10</sup> que hacen a los hombres más obedientes, me sirven para formar a los que quiero nombrar capataces, pero tengo otros medios para ayudarles: no hago de la misma calidad los vestidos y calzados que tengo que proporcionar a los trabajadores, sino que unos son mejores y otros peores, para poder recompensar al mejor servidor con los mejores y dar los malos a los peores. Yo pienso, en efecto, Sócrates,<sup>11</sup> que sienten una gran desmoralización los buenos cuando ven que son ellos los que realizan los trabajos pero reciben la misma remuneración que los que no están dispuestos a esforzarse o a correr riesgos cuando hay que hacerlo. Personalmente, no me parece justo de ninguna manera que los mejores tengan el mismo trato que los malos, y cuando me entero de que los capataces reparten lo mejor a quienes más lo merecen los alabo, pero si veo que favorecen a alguien por sus adulaciones o por algún otro favor sin importancia, no hago la vista gorda sino que les increpo y trato de hacerles ver, Sócrates, que ni siquiera obran de acuerdo con sus intereses».

«Y una vez que tenga ya la capacidad suficiente de mando, Iscómaco, para conseguir que le obedezcan», dije yo, «¿le consideras un capataz perfecto, o todavía le falta alguna cualidad, además de las que ya has citado?». «Sí, ¡por Zeus!», dijo Iscómaco, «la de abstenerse de los bienes de su amo y no robar. Porque si el que maneja las cosechas

se atreviera a hacerse con ellas hasta el punto de no dejar beneficios de las faenas agrícolas, ¿qué provecho tendría el trabajo de la tierra bajo su cuidado?». «¿Entonces también te dedicas a enseñarles esa clase de justicia?». «Efectivamente», respondió Iscómaco; «sin embargo, no veo que todos estén dispuestos a prestar atención a ese tipo de enseñanza. A pesar de ello, tomando ejemplos de las leyes de Dracón y de las de Solón intento guiar a mis esclavos por el camino de la justicia. Me parece, efectivamente, que aquellos hombres famosos promulgaron la mayoría de sus leyes para enseñar esta clase de justicia. Está escrito, en efecto, «que se castiguen los robos» y «que se aprisione a los convictos de robo» y «se dé muerte a los violentos»<sup>43</sup>. Es evidente que estas normas las escribieron con la intención de hacer perjudicial para los culpables el lucro ilegal. Por ello, yo, aplicando alguna de estas leyes y otras del código real, procuro hacer honrados a mis esclavos en los asuntos que manejan. Aquellas leyes sancionan únicamente a los delincuentes<sup>44</sup>; mientras que las del rey no sólo castigan a los infractores, sino que ayudan a los justos, de tal suerte que, al ver que los justos se hacen más ricos que los injustos, muchos, a pesar de su pasión por el lucro, se mantienen con todo empeño en no cometer injusticias. Pero si advierto que algunos, a pesar del buen trato que les doy, todavía intentan cometer injusticias, a éstos, en la idea de que son codiciosos incurables, les doy el cese en su empleo. En cambio, si descubro que a otros les impulsa a ser justos no sólo el progresar gracias a su justicia, sino también el deseo de recibir mis elogios, a éstos los tra-

<sup>43</sup> No responde a la ley atribuida a Solón por DEMÓSTENES, *Timócrates* 113, por lo que el texto podría ser sospechoso.

<sup>44</sup> Cf. *Rec.* III 4, 8.

to como a personas libres. Porque yo pienso, Sócrates, que en eso consiste la diferencia entre un hombre pundonoroso y un hombre codicioso: en estar dispuesto a esforzarse cuando es necesario, para conseguir alabanza y gloria, aceptar riesgos y abstenerse de las ganancias vergonzosas».

«Pues bien, una vez que le hayas infundido el deseo de que las cosas te vayan bien, que le hayas inculcado el procurar que consigas esa prosperidad, que además le hayas dado los conocimientos necesarios para que lleve a cabo cada una de las faenas de la manra más provechosa, que encima le hayas hecho capaz de mandar y que, además de todo ello, sienta la misma satisfacción que sentirías tú mismo al presentarte abundantes cosechas en todas las estaciones, ya no te volveré a preguntar si un hombre así todavía necesita algo, pues pienso que un hombre en esas condiciones sería ya un capataz de muchísima valía. Sin embargo, Iscómaco, no omitas un punto que hemos pasado muy de largo en nuestra conversación». «¿Cuál es?», preguntó Iscómaco. «Dijiste efectivamente», respondí, «que era muy importante aprender cómo debe realizarse cada faena; afirmaste que, en caso contrario, ni siquiera la diligencia serviría de nada si se ignoraba lo que hay que hacer y cómo se debe hacer». Entonces dijo Iscómaco: «¿Me estás apremiando ahora para que te enseñe el arte mismo de la agricultura?». «Sí», le contesté, «porque es este arte probablemente el que hace ricos a los que lo conocen, pero condena a los que lo ignoran a vivir en la penuria por mucho que se esfuerzen». «Pues ahora, Sócrates», dijo, «vas a escuchar también la amabilidad de este arte, que además de ser el más provechoso, el más agradable de trabajar, el más bello y el más grato a los dioses y a los hombres, encima es el más fácil de aprender. ¿No es todo no-

bleza? Porque tú sabes que llamamos nobles a cuantos animales, además de hermosos, vigorosos y útiles, son dóciles con los hombres». «Yo creo, Iscómaco», dije, «que he comprendido de manera suficiente lo que contaste sobre cómo se debe formar al capataz; creo que también he comprendido cómo dijiste que había que enseñarle para hacerle leal a ti, diligente, con dotes de mando y justo. Pero lo que decías que debe aprender quien vaya a dedicarse con éxito a la agricultura, lo que debe hacer, cómo y cuándo, me parece que lo hemos pasado muy de largo en nuestra conversación. Es como si me dijeras que debe conocer el alfabeto el que se dispone a escribir al dictado y leer lo que ha escrito; porque al oír yo tal afirmación habría oído que se debe conocer el alfabeto, pero aun sabiendo eso, no por ello, me parece, conocería el alfabeto. Ahora ocurre lo mismo: estoy convencido de que quien quiera dedicarse con éxito a la agricultura debe conocerla, pero aunque ya sepa eso, no por ello sé cómo debe practicarse. Y si de repente se me ocurriera hacerme labrador, me parecería, creo yo, al médico que visita y reconoce a sus enfermos, pero sin saber en absoluto lo que conviene a los pacientes. Por ello, para que no me ocurra a mí lo mismo, enseñame las operaciones concretas de la agricultura». «Pues bien, Sócrates», respondió, «al contrario que en las demás artes, donde el aprendiz tiene que hacerse polvo aprendiéndolas antes de que su trabajo sea digno del esfuerzo, la agricultura no es difícil de aprender, sino que simplemente viendo trabajar a los labriegos o escuchándoles podrías aprenderla de inmediato, hasta el punto de poder también enseñar a otro si quisieras. Pienso incluso que no te has dado cuenta de lo mucho que sabes de ella. Porque, en realidad, los otros artesanos ocultan hasta cierto punto los aspectos más importantes de su propio arte, mientras que

el mejor de los plantadores se sentiría muy satisfecho si se le viera trabajando, y lo mismo ocurriría con un buen sembrador. Pregúntes lo que preguntes sobre trabajos bien hechos, no te ocultarían nada acerca de cómo lo hicieron. Así, Sócrates, la agricultura parece que hace más nobles de corazón a los que se dedican a ella». «Hermoso es el preámbulo», dije yo, «y no capaz de hacerme desistir de mis preguntas después de oírlo. Precisamente porque es fácil de aprender tienes que explicármelo en detalle. No tienes que avergonzarte por enseñar cosas fáciles, sino que soy yo quien debe estar más avergonzado por no saberlo, sobre todo teniendo en cuenta su utilidad».

«Lo primero que quiero explicarte, Sócrates, es que no presenta ninguna dificultad lo que consideran más complicado de la agricultura quienes han escrito sobre ello en detalle pero que en absoluto lo han llevado a la práctica. Afirman, en efecto, que quien se disponga a ser un buen labrador debe ante todo conocer la naturaleza del terreno». «Y tienen razón», dije yo, «al hacer tal afirmación, pues el que no sabe lo que puede producir la tierra tampoco sabría, en mi opinión, ni lo que debe sembrar ni lo que tiene que plantar». «Es que en ese caso», dijo Iscómaco, «incluso en terreno extraño se puede saber lo que éste es capaz de producir y lo que no puede, observando los cultivos y los árboles. En efecto, plantando y sembrando lo que uno necesita no conseguiría mayor rendimiento que si plantara y cultivara lo que el terreno prefiere. Y si el propio terreno no puede mostrar su capacidad a causa de la indolencia de sus propietarios, también se puede a menudo tener una información más correcta sobre él gracias al terreno contigo que preguntando a un propietario vecino. Aunque si el terreno está yermo, ya revela su natura-

leza. Porque la tierra que produce buenos frutos silvestres, si se cultiva, pueden dar también buenos frutos cultivados.

Por este procedimiento, incluso los menos expertos en agricultura pueden diagnosticar la naturaleza de un terreno».

6 «Me parece, Iscómaco», dije yo, «que ya tengo confianza suficiente en que no se debe renunciar a la agricultura por miedo a desconocer la naturaleza del terreno.

7 Lo cierto es que me ha venido a la memoria lo que les ocurre a los pescadores, que, a pesar de trabajar en el mar, aunque nunca detienen su barco para echar una ojeada ni andan sosegados, sino que pasan de largo por los campos, sin embargo, cuando ven los cultivos, no dudan en exponer su opinión sobre qué tierra es buena y cuál mala, alabando una y criticando la otra. Y me doy cuenta de que la mayoría de las veces sus juicios sobre la buena tierra coinciden con los de los agricultores expertos». «¿Por dónde quieres, Sócrates, que empiece a refrescarte la memoria sobre la agricultura? Porque sé que voy a decirte muchas cosas que tú ya sabes sobre la manera de trabajar la tierra». «En primer lugar, Iscómaco», le respondí, «creo que me gustaría aprender (porque es lo más propio de un filósofo) cómo tendría que cultivar la tierra si quisiera obtener la mayor cosecha de cebada y trigo». «¿Entonces no sabes que el barbecho debe prepararse para la siembra?»<sup>45</sup>.

11 «Lo sé», respondí. «¿Y si empezáramos a arar la tierra en invierno?» preguntó: «Entonces sería un barrizal», le contesté. «¿Opinas entonces que debe hacerse en verano?». «No, porque la tierra estará demasiado dura para moverla

<sup>45</sup> Como Grecia tiene un suelo muy pobre, necesitaban recurrir al barbecho: en otoño se barbecha o alza la tierra, en primavera se bina (Hesiodo, *Trab.* 463), en verano se tercia y, por último, poco antes o después de la sementera se da la cuarta reja a la tierra.

con el arado». «Entonces», dijo, «probablemente haya que empezar la labor en primavera». «Es lógico», dije yo, «que en esa época la tierra al moverla se rompa con más facilidad». «Además, Sócrates», dijo, «al arrancarse entonces las malas hierbas proporcionan abono a la tierra, pero no sueltan semillas que puedan fructificar. Me imagino que también sabes que el barbecho no puede ser bueno si no está limpio de broza y lo más cocido posible al sol».

«Estoy completamente convencido de que debe ser así», dije. «¿Entonces crees que hay otro medio para conseguirlo que moviendo la tierra las más veces posibles en verano?» preguntó. «No», respondí, «estoy convencido de que no hay otro procedimiento mejor para que las malas hierbas salgan a la superficie y se sequen con el calor; para que la tierra se cueza por el sol no hay otra forma que removerla con la reja en medio del verano y a mediodía». «Y si fueran hombres los que hicieran el trabajo cavando el barbecho con la azada», dijo, «¿no es evidente que también ellos deben separar las malas hierbas?» «Sí», respondí, «y también deben esparcirlas por la superficie para que se sequen, y remover la tierra para que la parte cruda se cueza».

«En lo referente al barbecho, Sócrates, ya ves que ambos estamos de acuerdo». «En efecto», respondí. «Y en cuanto a la época de la siembra, Sócrates, ¿te das cuenta que el momento de sembrar no es otro que el que nuestros antepasados primero, por haberlo comprobado, y todos nosotros ahora, por estar haciendo prueba, consideramos el más oportuno? Porque cada vez que llega la estación del otoño, todos los hombres dirigen su mirada a la divinidad para ver cuándo les permitirá sembrar, enviándoles la lluvia». «Y todos los hombres, Iscómaco», dije yo, «se han

puesto de acuerdo espontáneamente en no sembrar en tierra seca, evidentemente porque los que sembraron antes de que los dioses les invitaran a hacerlo tuvieron que enfrentarse con muchas calamidades». «Entonces», dijo Iscómaco, «en eso estamos de acuerdo todos los hombres». «Es que en lo que enseña la divinidad», dije yo, «todos pensamos lo mismo. Por ejemplo, en invierno, a todos nos parece mejor llevar mantos gruesos, si podemos, y todos estamos de acuerdo en encender fuego, si tenemos leña». 4 «Sin embargo», dijo Iscómaco, «hay un aspecto en el que se producen muchas discrepancias acerca de la siembra: ¿es mejor la siembra temprana, la intermedia o la tardía? <sup>46</sup>». «La divinidad», respondí yo, «no somete tampoco el curso del año a leyes fijas, sino que unas veces puede ser más favorable a la siembra temprana, otras a la intermedia y 5 otras a la tardía». «Pero tú, Sócrates, ¿crees que es mejor escoger uno de estos tipos de siembra, tanto si se siembra en grande como si es en pequeña cantidad, o empezar a sembrar en la época más temprana y seguir sembrando 6 hasta la más tardía?». Yo le respondí: «Me parece, Iscómaco, que lo mejor es emplear todas las clases de siembra, pues pienso que es preferible recoger en toda época una cosecha suficiente que tener unas veces demasiado y otras veces no disponer siquiera de lo suficiente». «Pues también en este aspecto, Sócrates», dijo, «coincidimos el discípulo y el maestro, y eso que ya expusiste tu opinión antes que yo». 7 «¿Cómo? ¿Es que la siembra a voleo requiere una técnica sofisticada <sup>47</sup>?», le dije. «Somетamos también como sea a

<sup>46</sup> Los agrónomos antiguos parecen inclinarse por la sementera temprana. DEMÓCRITO (B 14 7 Diels) la fecha hacia el 5 de octubre.

<sup>47</sup> PLINIO, *H. N.* XVIII 24, 197, aconseja acompañar los movimientos de la mano con la andadura, de manera que el voleo a la derecha coincida

consideración este punto, Sócrates», dijo. «Tú sabes tan bien como yo que se debe arrojar la semilla con la mano». «Como que lo he visto», dije yo. «Y unos son capaces de arrojarla de manera uniforme y otros no». «En ese caso», dije yo, «la mano del sembrador, como la de los que tocan la lira, necesita un entrenamiento para que sea capaz de obedecer a la voluntad». «Desde luego», dijo. «¿Pero qué ocurre si una tierra es más ligera y otra más pesada?». «¿Qué quieres decir con eso?», respondí yo. «¿Entiendes por ligera la más débil y por pesada la más fuerte?». «Precisamente eso es lo que quiero decir», respondió, «y te pregunto si echarías la misma cantidad de semilla en una y otra, o en cuál de ellas echarías más». «Yo tengo la costumbre de echarle más agua al vino más fuerte y de ponerle la carga más pesada, si se presenta el caso, al hombre más fuerte; si hubiera que alimentar a alguien, ordenaría que los más ricos alimentaran a las muchedumbres. Pero enséñame tú si la tierra débil se hace más fuerte», le dije yo, «si se la siembra con más grano, como les pasa a los animales de carga». Entonces Iscómaco respondió, riendo: 10 «Estás bromeando, Sócrates, pero ten la seguridad de que si después de echar la semilla en la tierra vuelves a pasarle el arado tan pronto como brota la hierba de un suelo muy nutrido por la lluvia del cielo, esa hierba se convierte en alimento para la tierra y la fortalece como si fuera estiércol. En cambio, si permites que la tierra alimente la semilla hasta que grane el fruto, es difícil que una tierra débil llegue a producir una buena cosecha, lo mismo que una cerda débil es difícil que pueda criar muchos lechones robustos». «¿Quieres decir, Iscómaco», le pregunté, «que se 11

da con el avance del pie derecho, mientras la mano izquierda sostiene el saco con el grano.

debe echar menos simiente a la tierra más débil?» «Sí, Sócrates, ¡por Zeus!», respondió, «y tú opinas lo mismo cuando afirmas que, en tu opinión, hay que imponer menos obligaciones a los más débiles». «Y en cuanto a los escardadores», le pregunté, «¿por qué razón los metéis en el campo <sup>12</sup>?». «Me imagino que sabes que en invierno se producen fuertes lluvias». «¿Cómo no?», contesté. «Pues supongamos que una parte del trigo queda inundada de agua y cubierta de légamo y que la corriente deja al descubierto algunas raíces. A menudo brotan también malas hierbas entre el trigo a consecuencia de la lluvia y lo ahogan».

13 «Todo eso es lógico que ocurra», le dije. «¿Y no crees que en ese momento el trigo necesita alguna ayuda?». «Desde luego», respondí. «Y en tu opinión, ¿qué se podría hacer para proteger el trigo cubierto de fango?». «Aligerar la tierra», respondí. «¿Y la parte que tiene las raíces al descubierto?», preguntó. «Habría que recubrirlas de tierra», contesté. «¿Y qué pasa si las malas hierbas que surgen con el trigo lo ahogan y le roban su alimento, como los zánganos inútiles roban el alimento que las abejas han almacenado con su trabajo?». «¡Por Zeus!», dije yo, «habrá que extirpar cuanto antes las malas hierbas, lo mismo que a los zánganos de las colmenas». «Entonces», dijo, «¿te parece que es lógico que escardemos el trigo?». «Desde luego. Pero estoy reflexionando, Iscómaco, sobre el valor que tiene traer a cuento una buena comparación. Porque me irritaste mucho más contra las malas hierbas al citar a los zánganos que cuando hablabas simplemente de las malas hierbas».

<sup>12</sup> Las malas hierbas se eliminan con la escarda (*skaleia*) mediante una azada y pisoteándolas con bueyes.

«A continuación», dije, «es lógico que venga la recogida de la cosecha <sup>17</sup>. Enseñame lo que sepas en este aspecto». «A no ser», dijo, «que también en esto resulte que tienes los mismos conocimientos que yo. Que hay que cortar el trigo lo sabes». «¿Cómo no lo voy a saber?», respondí. «¿Y cómo lo segarias», preguntó, «poniéndote a favor del viento o en contra?». «Yo creo que no me pondría contra el viento» dije. «Pues creo que molesta tanto a los ojos como a las manos el segar con las granzas y las espigas dándote en la cara». «¿Y lo cortarías por la punta o a ras del suelo?», preguntó. «Si la caña del trigo fuera corta, yo lo cortaría desde abajo», dije, «para que la paja fuese más útil, pero si fuera larga, creo que lo mejor sería cortarlo por la mitad, para que ni los trilladores <sup>18</sup> se cansaran trabajando en demasía ni los aventadores más de lo necesario. Y en cuanto al rastrojo, creo que, si se quemara, favorece a la tierra y que, si se arroja al estiércol, aumenta el montón». «¿Te das cuenta, Sócrates», dijo, «cómo estás convencido de saber de la siega tanto como yo?». «Así parece», dije yo, «y quiero averiguar si también sé trillar». «Sin duda sabes», dijo, «que animales de carga trillan el

<sup>17</sup> Los griegos empezaban a segar con el canto del cuco (*Arístor*, *Aves* 504 y sigs.), es decir, de finales de mayo a finales de junio. Los segadores, cortando con la derecha y abrazando el trigo cortado con la izquierda, dejaban caer el manojo cuando era suficiente, y los niños se encargaban de llevar los haces a los atadores, que los liaban con cuerdas y los amontonaban en gavillas.

<sup>18</sup> Normalmente se cortaba el trigo por la mitad para ahorrar esfuerzos en la trilla (PUNTO, *H. N.* XVIII 296, VARRÓN, *Resum rusticarum* III 51-52).

<sup>19</sup> Lo más común era trillar desgranando la mies bajo las pezuñas de diversos animales, sobre todo las yeguas, o incluso cerdos, pues los griegos no conocieron el trillo hasta época más reciente. Previamente, se aconsejaba regar la era con alpechin (*amorgué*) para matar los topos, hormigas y otros insectos.



4 trigo». «¿Cómo no lo iba a saber?», dije yo, «y también que se llama bestias de carga a todos los animales por igual, bueyes, mulos y caballos». «¿Y no crees», dijo, «que estas bestias de carga sólo saben pisotear el trigo cuando se las arrea?» «¿Pues qué otra cosa podrían saber?», pregunté.

5 «¿Y a quién corresponde», preguntó, «que pisoteen lo que deben y que se iguale la trilla?» «Evidentemente», dije yo, «a los trilladores, pues revolviendo continuamente el trigo no trillado y arrojándolo bajo los cascotes de los animales, igualarían sin duda la parva<sup>52</sup> y terminarían más rápidamente su trabajo». «Tu conocimiento en este aspecto también es tan bueno como el mío, Sócrates», dijo. «A continuación, Iscómaco», dije, «limpiaremos el trigo aventándolo»<sup>53</sup>. «Dime, Sócrates, ¿sabes que si se empieza a aventar por la parte situada a favor del viento se te irá la paja por toda la parva?». «Es inevitable», dije yo. «Entonces también es lógico que caiga sobre el trigo», dijo. «En efecto», dije, «porque hay mucha distancia para que la paja pueda llegar por encima del grano hasta la parte vacía de la parva». «¿Y qué pasa si se avienta empezando por la parte contraria al viento?», preguntó. «Es evidente», respondí, «que en seguida estará la paja en su sitio adecuado». «Y una vez que hayas limpiado el grano hasta la mitad de la parva, ¿aventarás en seguida la paja restante, dejando el grano así esparcido, o bien amontonarás el gra-

<sup>52</sup> El trillador (*epalóistes*) se encarga de que la parva quede pisoteada por igual (*homalidseiv tón dinon*).

<sup>53</sup> Para aventar empleaban tres instrumentos diferentes: una pala de gran tamaño (que podía confundirse con un remo), un bieldo de tres púas y una especie de espuerta con dos asas y uno de sus lados abierto, del que Jenofonte hace caso omiso, mientras describe los otros dos.

no limpio junto al margen<sup>54</sup>. en un espacio lo más reducido posible?», preguntó. «¡Por Zeus!», respondí, «amon-tonaré el trigo limpio, para que la paja pueda sobrevolar hasta la parte vacía de la parva, y no haya que aventar dos veces la misma paja». «En ese caso, Sócrates», dijo, «también podrías enseñar a otro la manera más rápida de aventar el trigo». «Pues bien», respondí, «no me había dado cuenta de que sabía estas cosas. Y hace ya tiempo que me pregunto si no me ha pasado también inadvertido que sé fundir oro, tocar la flauta y pintar, porque nadie me enseñó tales artes, como tampoco me enseñó nadie la agricultura, pero veo a los hombres que practican las demás artes como a los que cultivan la tierra». «¿No te decía lo anteriormente», replicó Iscómaco, «que también en este sentido la agricultura era el arte más noble, porque es el más fácil de aprender?» «¡Basta!, Iscómaco», le dije, «ya me doy cuenta; sabía lo concerniente a la sementera, pero no me había dado cuenta de que lo sabía».

«La plantación de árboles frutales», pregunté yo, «¿es también parte de la agricultura?». «Desde luego», dijo Iscómaco. «Entonces, ¿cómo puedo saber lo referente a la siembra y, en cambio, ignoro lo que atañe a la plantación?». «¿Que no lo sabes?», dijo Iscómaco. «¿Cómo voy a saberlo», repliqué, «si no sé ni en qué clase de tierra hay que plantar, ni de cuánta profundidad y anchura hay que cavar el hoyo, ni qué longitud de la planta hay que enterrar, ni en qué posición tiene que estar para que brote mejor?». «En ese caso», dijo Iscómaco, «ea, aprende lo que ignoras. Estoy seguro de que has visto qué clase de

<sup>54</sup> La palabra *rólos*, interpretada de muchas maneras por los comentaristas antiguos, parece referirse al poste al que se anillan los ramales.

hoyos se cavan para los plantones». «Muy a menudo», respondi. «Entonces, ¿viste alguno que tuviera más de tres pies de profundidad?» «No, ¡por Zeus!», repliqué, «ni siquiera más de dos y medio». «Bien, ¿viste alguno que tuviera más de tres pies de ancho?» «No, ¡por Zeus!, ni tampoco más de dos pies». «¡Ea!, entonces», dijo, «respóndeme también a esto: ¿viste alguno que tuviera menos de un pie de profundidad?» «No, ¡por Zeus!, ni siquiera menos de un pie y medio, porque si estuvieran tan superficialmente plantados, se desenterrarían los plantones al escar-sar». «Entonces, Sócrates», dijo, «ya sabes bastante bien que no se cavan nunca los hoyos ni a una profundidad mayor de dos pies y medio ni menos de un pie y medio»<sup>55</sup>. «Es preciso», dije yo, «reconocer algo que salta tan a la vista». «Además», dijo, «¿puedes distinguir si un terreno es más seco o más húmedo por el aspecto?». «Yo creo que al menos es seco el terreno cercano al Licabeto y todo lo que se le asemeja, y en cambio, es húmedo el del pantano 7 del Falero y el que se le parece». «¿Y en cuál de ellos harías un hoyo más profundo para el plantón, en el seco o en el húmedo?». «En el seco, ¡por Zeus!», contesté, «pues si cavaras un hoyo profundo en el terreno húmedo encontrarías agua, y en el agua no podrías plantar». «Creo que tienes razón», respondi. «Y una vez que están cavados los hoyos, ¿has visto ya cuándo hay que colocar los plantones en cada uno de los terrenos?». «Desde luego», dije yo. «Y si quieres que crezcan cuanto antes, ¿no crees que extendiendo por debajo una capa de tierra preparada el brote del sarmiento se abriría camino a través de la tierra blanca con más rapidez que por medio de la tierra no labrada

<sup>55</sup> Todas estas medidas coinciden con las que dan otros agrónomos antiguos: VIRG., *Geórg.* II 288, COLUMELA, V 5, 2, PLINIO, *H. N.* XVII 22, etc.

hacia un suelo duro?». «Es evidente», respondi, «que por tierra preparada brotaría con más facilidad que a través de tierra no trabajada». «En ese caso, habrá que extender 9 una capa de tierra bajo el plantón». «Sin duda hay que hacerlo», contesté. «¿Y crees que echaría mejor raíces poniendo el plantón entero en posición vertical mirando al cielo, o bien pondrías una parte oblicua bajo la tierra extendida, en posición parecida a una 'gamma' invertida?»<sup>56</sup>. «¡Por Zeus!, lo pondría así, porque habría más 10 yemas bajo tierra. Y como veo que las plantas en la superficie brotan de las yemas, pienso que bajo tierra éstas hacen lo mismo; si son muchas las yemas que germinan bajo tierra, en mi opinión el plantón crecerá con rapidez y vigoroso». «Pues también en este aspecto», dijo, «ocurre que 11 opinas lo mismo que yo. Pero ¿te limitarías a amontonar la tierra, o también la apelmazarías en derredor del plantón?» «La apelmazaría, ¡por Zeus!, dijo yo, «pues si no estuviera apelmazada, estoy seguro de que el agua correría en barro la tierra fofa y el sol la resecaría hasta el fondo, de modo que habría peligro de que los plantones se pudrieran por la humedad del agua excesiva o que, al requerirse las raíces, se agostaran por la sequedad de la tierra».

«También en lo que se refiere a la plantación de la viña»<sup>57</sup>. dijo, «tu opinión y la mía coinciden totalmente, Sócrates». «¿Y hay que plantar del mismo modo la higuera?, pregunté. «Así lo creo», dijo Iscómaco, «como los demás árboles frutales, pues si da buenos resultados en la plantación de la viña, ¿por qué íbamos a rechazarlo en

<sup>56</sup> Cf. COLUMELA, IV 4, 1; PALADIO, 9, 14; VIRG., *Geórg.* V 9, 6.

<sup>57</sup> Este cambio brusco para hablar de la viña ha hecho pensar que se haya perdido aquí parte del texto.

13 las demás plantaciones?». «Y el olivo», pregunté, «¿cómo lo plantaremos, Iscómaco?». «Me estás poniendo a prueba de nuevo», respondió, «aunque lo sabes mejor que nadie. Porque seguro que has visto que se cava un hoyo más profundo para el olivo, y que se hace sobre todo junto a los caminos. Adviertes también que todos los plantones tienen adherido un trozo del tocón. Ves igualmente que las cabezas de todos los plantones están recubiertas de barro y que

14 su parte superior está protegida»<sup>58</sup>. «Veo todo eso», respondí. «Pues si lo ves», dijo, «¿qué es lo que no comprendes, Sócrates? ¿Acaso ignoras cómo colocar los trozos de tiesto encima del barro?»<sup>59</sup>. «No, ¡por Zeus!», dije, «no hay nada que desconozca, Iscómaco, de cuanto has dicho, pero vuelvo a considerar por qué motivo, cuando me preguntaste hace un rato, sin especificar, si sabía plantar, dije que no. Pensaba, en efecto, que no sería capaz de decir nada sobre cómo se debe plantar. Pero cuando empezaste a hacerme preguntas detalladas, mis respuestas, según tu afirmación, coinciden con las ideas de uno que tiene nombre de granjero famoso como tú. ¿Acaso, Iscómaco, la pregunta es un sistema de enseñanza? Ahora comprendo, dije, cómo haciéndome cada una de las preguntas me ibas

<sup>58</sup> Este apartado sobre la plantación del olivo plantea problemas por el uso de términos de significación oscura: *prémnon*, *phyteúterion*, *kephalaí*. Pueden servir de ayuda Teora., *Hist. plantas* II 1, 4, VARG., *Geórg.* II 63, PLINIO, *H. N.* XVII 125, y otros. La exposición más extensa está en los *Geopónicos* IX 11, que distingue hasta seis maneras de plantar. En cuanto a la palabra *prémnon*, es la parte del tronco que se lleva la rama al ser desgajada del árbol.

<sup>59</sup> Tomando un paralelo en PLINIO, *H. N.* XVII 123, *capita vitium* sería como *phytòn kephalaí*: son los extremos de las estacas que sobresalen fuera del terreno y se recubren después con barro y con trozos de tiesto (VARG., *Geórg.* II 348-349).

llevando por las materias que yo conocía y me explicabas que las que yo creía ignorar eran iguales a aquéllas, para convencerme, creo yo, de que también conozco éstas».

«Entonces», dijo Iscómaco, «si yo te preguntara si una moneda de plata es buena o no, ¿podría convencerte de que sabes distinguir entre las monedas falsas y las buenas? Y respecto a los flautistas, ¿podría también convencerte de que sabes tocar la flauta, y lo mismo respecto a los pintores y otros artistas semejantes?». «Tal vez», respondí, «puesto que, aun sabiendo que nadie me enseñó nunca este arte, me convenciste de que soy experto en agricultura».

«No, no es eso, Sócrates», respondió. «Pero ya te decía 17 yo antes que la agricultura es un arte tan humano y tan afable que no tienes más que oír y escuchar para convertirte al punto en experto. A menudo, la misma agricultura, 18 dijo, nos instruye sobre la mejor manera de practicarla. Por ejemplo, una viña que trepa por los árboles cuando tiene alguno cerca, nos enseña a ponerle rodrgones; extendiendo sus pámpanos cuanto tiene todavía los racimos tiernos, nos enseña a proteger las partes expuestas al sol durante esa época. Cuando llega el momento de que el sol 19 endulce las uvas, al perder las hojas nos enseña a despanpanarla para que el fruto madure; por su abundante producción, en fin, al mostrarnos sus racimos maduros, mientras conserva los que aún están verdes, nos enseña a vendimiarla, lo mismo que se cogen los higos, en continua maduración».

En ese momento dije yo: «Si el arte de la agricultura es tan fácil de aprender y todos saben igualmente lo que hay que hacer, ¿cómo es que no todos tienen la misma suerte, sino que unos viven en la abundancia y tienen más

de lo que necesitan, mientras que otros no sólo ni siquiera pueden satisfacer sus necesidades vitales, sino que incluso se cubren de deudas?». «Voy a explicártelo, Sócrates», respondió Iscómaco. «Porque no es el saber o la ignorancia de los agricultores lo que hace que unos prosperen y otros se sean pobres. Tampoco oirás correr rumores como éste: "Se ha arruinado una casa porque el sembrador no sembró por igual, o porque no plantó en línea recta las hileras, o porque alguien por ignorar qué tierra produce viñas plantó en terreno improductivo, o porque Fulano no supo que es bueno preparar el barbecho antes de sembrarlo, o porque ignoró que conviene mezclar estiércol con la tierra"».

4 En cambio, es mucho más probable oír que alguien no consigue trigo de su campo porque no se preocupa de sembrarlo o de estercolarlo. O que tampoco tiene vino Mengano porque no se cuida de plantar vides ni de hacer que produzcan las que tiene. Tampoco tiene aceite ni higos Zutano porque no se preocupa ni procura tenerlos. En eso consiste, Sócrates, la diferencia entre unos agricultores y otros, que hace que también su fortuna sea diferente, mucho más que porque parezca que han descubierto algún invento para trabajar la tierra. Lo mismo ocurre en algunos aspectos del arte militar, en el cual unos generales son mejores que otros, y se diferencian, sin duda, no por su inteligencia, sino por su interés. Porque los principios que conocen todos los generales, y la mayoría de los soldados rasos, unos jefes los ponen en práctica y otros no. Por ejemplo, todos saben que cuando se avanza por tierra enemiga es mejor marchar en la formación más conveniente para entablar combate si es preciso. Pues aunque todos lo saben, unos proceden así y otros no. Todos saben que es mejor poner centinelas día y noche delante del campa-

mento, pero unos procuran que se haga así y otros no se preocupan. A su vez, cuando avanzan por un desfiladero, ¿no es muy difícil encontrar a alguien que no sepa que es mejor ocupar primero los puntos estratégicos? Sin embargo, unos se preocupan de hacerlo y otros no. Así también, todos dicen que el estiércol es lo mejor para el cultivo de la tierra y ven que se forma de una manera natural; sin embargo, a pesar de saber perfectamente cómo se produce y siendo fácil conseguirlo en cantidad, unos se cuidan de reunirlo y otros se desentienden del todo. Aun así, el cielo envía la lluvia, las cavidades se convierten en charcas y la tierra produce toda clase de maleza; el que quiera sembrar tiene que limpiar la tierra. Si se echan al agua las hierbas que se han desbrozado, el tiempo mismo las convierte en el estiércol que agrada a la tierra, porque ¿qué maleza, qué tierra no se vuelve estiércol en agua estancada? Los cuidados que necesita la tierra cuando está demasiado húmeda para la siembra o demasiado salina para el plantío todo el mundo los conoce: cómo se extrae el agua por medio de canales y cómo se corrige la salinidad mezclándola con sustancias no salobres, líquidas y secas; pero unos se preocupan de hacerlo y otros no. Aun en el caso de que alguien ignorase por completo lo que la tierra es capaz de producir, o no pudiera observar sus frutos y cultivos, ni pudiera oír a quien le informara con veracidad sobre ella, ¿no es mucho más fácil para cualquiera ensayar en una parcela de tierra que hacer la prueba con un caballo, y mucho más que con un hombre? Porque la tierra no exhibe nada para engañar, sino que revela simplemente y con veracidad lo que puede y lo que no puede producir. Yo creo que la tierra, por el hecho de ponerlo todo al alcance de nuestro conocimiento y facilidad de comprensión, es la mejor piedra de toque para distinguir a los buenos y

a los malos. En efecto, a diferencia de las demás artes<sup>60</sup>, los que no la practican no pueden poner como pretexto su ignorancia: todos saben que la tierra devuelve favor por 15 favor. La desidia en la agricultura es una clara acusadora de un espíritu mentiroso: nadie podría convencerse a sí mismo de que puede vivir sin lo necesario; si un hombre no conoce ningún oficio lucrativo ni está dispuesto a ser laborador, es evidente que o se propone vivir del robo, la rapiña o la mendicidad, o está completamente loco.

16 Para que la agricultura produzca ganancias o pérdidas es muy importante que el amo, aunque sean muchos los trabajos empleados, se cuide o se desentienda de que los hombres estén en el trabajo a su hora. El que estén trabajando todo el tiempo fácilmente supone una diferencia de un hombre por cada diez, y abandonar el trabajo antes del tiempo equivale también a otro hombre de diferencia.

17 El permitir que los obreros anden remoloneando todo el día equivale fácilmente a una diferencia negativa de la mitad de todo el trabajo. Lo mismo que en una marcha a lo largo de doscientos estadios recorridos por dos corredores, ambos jóvenes y con buena salud, sacan entre ellos una diferencia de cien estadios si uno va directo a su objetivo y el otro se muestra indolente, descansando junto a los manantiales y a la sombra, tumbándose y buscando 19 suaves brisas, también en la labranza hay una gran diferencia en cuanto a eficacia entre los que llevan a cabo el trabajo que se les ha encomendado y los que, en vez de trabajar, encuentran un pretexto para no hacerlo y se pasa 20 por alto su desidia. Entre trabajar bien o mal hay tanta diferencia como entre trabajar a conciencia o estar completamente parado. Si cada vez que se cavan las viñas para

<sup>60</sup> Aquí hay una laguna en el texto.

dejarlas limpias de maleza se hace de modo que la broza crezca más y mejor, ¿cómo podría decir que esto no es otra cosa que no hacer nada? Eso es lo que arruina las 21 haciendas, mucho más que la excesiva ignorancia. Porque si los gastos que originan las propiedades no disminuyen en absoluto y los trabajos no dejan ningún beneficio sobre los gastos, no hay que extrañarse que, en vez de alcanzarse un superávit, se consigan pérdidas. Por otra parte, mi pro- 22 pio padre puso en práctica y me enseñó a mí el método más eficaz para ganar dinero con la agricultura, si se es capaz de poner interés y de trabajar la tierra con empeño. De ninguna manera permitía comprar un terreno preparado, sino más bien aconsejaba adquirir el que por abandono o incapacidad de sus propietarios estuviera sin planta- 23 ciones ni cultivos. Decía, en efecto, que los terrenos trabajados cuestan mucho dinero y no pueden ser mejorados, y añadía que los campos que no pueden mejorarse no producen tantas satisfacciones, pues creía que toda propiedad agraria o ganado que vaya a mejor es lo que causa mayores alegrías. Y nada queda más mejorado que un campo convertido de erial en productivo. Porque ten por seguro, 24 Sócrates, que ya conseguimos que muchos terrenos alcanzaran una cotización muy por encima de su valor original. Y este método, Sócrates, es tan valioso y tan fácil de aprender que tú ahora, después de oírlo, te irás sabiéndolo lo mismo que yo y podrás enseñárselo a otro si quieres.

Además, mi padre ni lo aprendió de otro ni lo descubrió 25 brío tras muchas cavilaciones, sino que por su amor a la agricultura y al trabajo decía que quería este terreno para tener en qué ocuparse y conseguir al mismo tiempo placer y beneficios. Porque mi padre, Sócrates, era en mi opinión 26 un apasionado por la agricultura, más que ningún otro ateniense». Yo al oír esto le pregunté: «Tu padre, Iscómaco,

¿conservaba los terrenos que había trabajado o los vendía, si podía conseguir un buen precio?». «Los vendía, ¡por Zeus! Pero en seguida volvía a comprar otro, pero yermo, por su amor al trabajo». «Quieres decir, Iscómaco, que tu padre en realidad amaba la agricultura tanto como los comerciantes aman el trigo. Los comerciantes, en efecto, por su intensa pasión por el trigo, dondequiera que oyen que hay más, allí navegan en su busca, surcando el mar Egeo, el Ponto Euxino y el mar de Sicilia. A continuación se hacen con la mayor cantidad posible y lo llevan a través del mar, cargándolo incluso en el mismo barco en el que ellos navegan. Y cuando necesitan dinero, no se deshacen de él a la buena de dios y en cualquier lugar en que se encuentren, sino donde oyen que el trigo tiene un valor mayor y goza de más estima, allí lo llevan y se lo entregan a sus habitantes. Así es como parece que tu padre amaba la agricultura». A esto dijo Iscómaco: «Estás bromeando, Sócrates, pero yo creo que tampoco aman menos la construcción quienes después de construir una casa la venden, y a continuación construyen otras». «Sí, ¡por Zeus!, Iscómaco», contesté, «y declaro bajo juramento que te creo: todos los hombres aman por naturaleza las cosas de las que piensan que van a sacar provecho».

xxi «Pero me estoy dando cuenta, Iscómaco, de lo bien que has planteado todo tu argumento en apoyo de tu tesis. Porque tú defendías que el arte de la agricultura era el más fácil de aprender entre todos, y ahora, por todo lo que has dicho, estoy completamente convencido de que es así». «Si, ¡por Zeus!», contestó Iscómaco, «pero estoy de acuerdo contigo, Sócrates, en que en este aspecto común a todas las actividades, la agrícola, la política, la administrativa y la militar, en el tener dotes de mando, di-

fieren mucho unas personas de otras por su mentalidad. Por ejemplo, cuando una trirreme navega por alta mar y tiene que atravesar a fuerza de remos jornadas enteras en su travesía, unos cómitres están capacitados para hacer y decir lo correcto para levantar la moral de los remeros y que trabajen a gusto<sup>61</sup>; mientras que otros son tan poco inteligentes que emplean más del doble de tiempo en llevar a cabo el mismo trayecto. Los primeros desembarcan sudorosos y dirigiéndose mutuos elogios el comandante y los subordinados; los segundos llegan con la piel seca, odiando al oficial y odiados a su vez. Ahí está también la diferencia entre unos y otros generales. Unos consiguen soldados que no están dispuestos al esfuerzo o al riesgo, que no se dignan obedecer ni se prestan a lo que no sea absolutamente necesario, e incluso se jactan de oponerse a las órdenes del jefe. Esos mismos generales ni siquiera consiguen que los soldados tengan conciencia de su deshonra si se produce alguna acción vergonzosa. En cambio, los jefes geniales, valerosos e inteligentes, haciéndose cargo de esos mismos hombres y a menudo admitiendo a otros a sus órdenes, consiguen que se avergüencen de llevar a cabo una acción deshonrosa, que consideren que es mejor obedecer, que se sientan orgullosos de su disciplina individual y colectiva y que, cuando haya que trabajar, trabajen con entusiasmo. De la misma manera que en algunos soldados rasos surge el estímulo del trabajo, así los buenos generales hacen nacer en el ejército entero el deseo de trabajar

<sup>61</sup> Para levantar el ánimo de los remeros y acompañar su ritmo, el cómitre griego cantaba una canción muy pegadiza, que coreaban los gaileotes (cf. *LONOQ, Ppr. III 21*). Cuando Alcibiades regresó a Atenas, el cómitre era el actor Calpídes, y el flautista, el profesional Crisógono (*ATENEQ, 535D*).

y la ambición de honra realizando una acción gloriosa ante los ojos del jefe.

7 El jefe ante quien sus subordinados muestran esta disposición de espíritu resulta un dirigente formidable, y no los que destacan sobre los soldados por su fuerza corporal, que se distinguen en el tiro de jabalina y de arco, que montando el mejor corcel son los primeros en afrontar el peligro sobresaliendo como jinetes o peltastas, sino los que son capaces de inculcar en sus soldados el sentimiento de que tienen que seguirle aunque sea a través del fuego y de toda clase de peligros. Con razón podría llamarse grandes de espíritu a los jefes que se hacen seguir de muchedumbres animadas del mismo ánimo que ellos, y podría decirse también indudablemente que avanza con fuerte brazo el hombre cuyas órdenes están dispuestos a cumplir numerosos brazos; en verdad es un hombre grande el que puede realizar grandes acciones más con su voluntad que con su fuerza.

9 Ocorre lo mismo también en las actividades privadas: si el que tiene la autoridad, sea un capataz o un administrador, es capaz de hacer a sus hombres diligentes, entusiastas y constantes en el trabajo, he ahí una persona que va con eficacia al éxito y consigue un gran progreso. En cambio, Sócrates, si estando el amo presente en las faenas (él que tiene más poder para castigar al obrero malo y premiar al bueno) no consigue que los trabajadores causen impresión con su actividad, yo a ese amo no le tendría ninguna admiración; en cambio, diría que tiene un toque de naturaleza real el amo cuya presencia estimula a los obreros e infunde coraje en todos, emulación mutua y ambición de ser cada uno el mejor. En mi opinión, esto es lo más importante en todo trabajo que se lleve a cabo por mano humana, y, por consiguiente, en la agricultura. Sin embargo, ¡por Zeus!, no digo que se pueda aprender con sólo verlo u

oírlo una sola vez, sino que afirmo, por el contrario, que para adquirir esas facultades hace falta educación, una buena disposición natural y, lo más importante, ser un genio. Porque no creo que este bien sea humano, sino divino. La facultad de mandar a hombres que obedecan de buen grado surge con claridad en los verdaderamente iniciados en la sabiduría. El ejercicio de una tiranía sobre personas que no la aceptan la conceden los dioses a quienes consideran dignos de llevar una vida como Tántalo<sup>62</sup>, que, según se cuenta, consume en el Hades una eternidad aterrizado de morir dos veces».

<sup>62</sup> La primera versión del suplicio de Tántalo la da HOMERO, *Od.* XI 582-592. La segunda, aludida aquí por Jenofonte, aparece en ALCEMAN, fr. 79 Page, ARQUILOCO, fr. 66 D, ALCEO, fr. 365 L. P., PÍNDARO, *Olimp.* I 57, EURÍPIDES, *Or.* 5, PLATÓN, *Crat.* 395d, y otros. Según esta versión, Tántalo está suspendido en el aire, debajo de una roca que amenaza ruina.